

BUEN HUMOR



Dib. LÓPEZ RUIZ.—Madrid.

—¡Demonio! Con el catarro que tengo y se me ha olvidado el pañuelo...

Tenemos en preparación para el **domingo 31 de diciembre** un número

Almanaque de BUEN HUMOR para 1923.

Constará de cuarenta y ocho páginas como mínimo, con portada en color, por *Sileno*; planas en papel *couché* con tricromías de Tovar, Barbero, Ribas, *K-Hito* y Fresno. Originales literarios de Abril, Asenjo y Torres del Álamo, Bonnat, Bueno, Cuenca, Casero, Francés, García Sanchiz, Gómez de la Serna, López-Montenegro, López Rubio, Laserna, Luque, Mayral, Plañiol, Polo, Ramos de Castro, Serrano Anguita, Zúñiga, etc., e ilustraciones de Antequera Azpiri, Barradas, Demetrio, Garrido, Jubera, *Karikato*, López Rubio, Márquez, *Raf*, Ramírez, *Tono*, Téllez, etc.

En breve publicaremos el sumario completo de este número, ordinario en nuestra colección, pero extraordinario por su importancia e interés, que se pondrá a la venta al precio de

UNA PESETA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Con qué te has casado?... ¿Cómo te va en tu nuevo estado?

— Bastante mal. Lo primero que mi mujer me pide por la mañana es dinero; a la comida, dinero; a la cena, dinero; siempre lo mismo.

— Y ¿qué hace ella con tanto dinero?...
— No lo sé, porque aun no se lo he dado.

SEGUNDO SOTO (EL ESCOBERO). — Madrid.

— ¿Dónde vas tan de prisa?
— A evitar que dos se peguen.
— ¿Quiénes son?
— Aquel que viene detrás y yo.

ATHOS. — Guadalajara.

— ¡Chico, estoy contentísimo! Me ha regalado mi tío una collera de palomos de Albacete, y además una tórtola...

— ¿De dónde es la tórtola?
— La tórtola, de Valencia.

P. P. T. — Sevilla.

— ¿En qué se parece el Tenorio a uno que va a comer a una fonda y le sirven bacalao de primer plato?

— En que «¡Virgen santa, qué principiolo!», exclamará el gachó.

UN BEREERE. — Melilla.

Dos individuos que han tenido una gran cuestión, se encuentran en la calle, y ninguno de ellos quiere salirse de la acera para dejar paso al otro.

— Yo no cedo la acera a un sinvergüenza — dice, por fin, uno de ellos.

— Pues yo sí — contesta el otro, dejando pasar a su contrario.

E. NOÏR. — Madrid.

— ¿Qué torres, sin ser de madera, dieron serrín?

— Las de las ruinas de Itálica, «que a su gran pesadumbre serrín...dieron».

ANÓNIMO.

— ¿Quién tiene la culpa de que llueva?

— ¡Quién va a ser: los ciegos!

— ¿...?

— A ver, se pasan la vida diciendo: Si yo viera y Si yo viese.

CORCHITO Y RONCHINA.

Entre amigos.

— ¿Quieres echarte novia antes de un minuto?

— Sí.

— Pues haz el amor a la muchacha que está en aquel balcón, y la conquistas en un segundo.

ZAAY. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **José Beltrán, de Melilla.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de diciembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo febrero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de enero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de diciembre, insertos en

esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 21 de enero se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1. — Infinitivo.

1
LUGAR DE LA MISA

2. — Una actriz.

GRACIAS
EL DEL CLARINETE
500
Apellido de un Curro célebre.

CUPÓN
correspondiente al número 53
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

3. — Golpea.

— ¿Dispones, por fin, tu viaje a *prima-cuarta*?

— No me decido. Temo sufrir un descalabro si caigo en la *prima*.

— Ya caíste una vez en el *primatres*. ¡A *dos* eso que te importa!... Yo insisto en que debes arriesgarte... Casi te lo exijo.

— Eres un pelmazo, un *todo*. Pero en mí no mandas. ¡No voy, ea!

Concurso de octubre.

Celebrado públicamente en nuestra Administración el sorteo entre los *cuarenta y ocho* señores que nos han enviado soluciones exactas, han resultado favorecidos los siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de lotería, número 25.995, para el sorteo del día 1 de diciembre actual, a D. Enrique Aparicio, Princesa, 6, Madrid.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de lotería, del mismo número y para el mismo sorteo que el anterior, a D. Francisco López, Príncipe, 22, Madrid.

TERCER PREMIO. — Suscripción por un semestre a BUEN HUMOR, a contar desde 1 de enero próximo, a D. Alberto Martín Ferreras, Paz, número 10, Madrid.

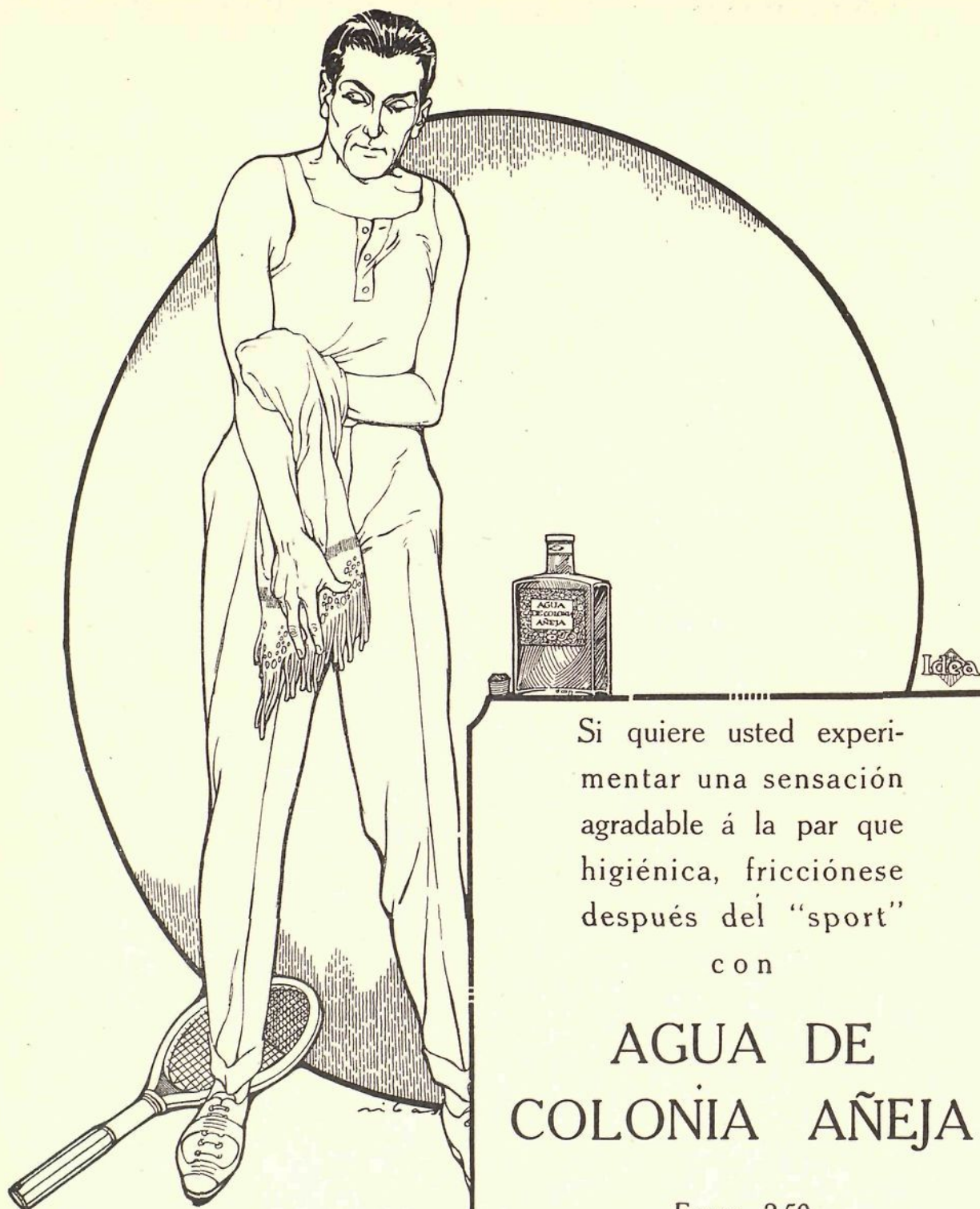
4. — De música.

CAMPO
NEGACIÓN

5. — Claro como el agua.

PACÍFICO
T U S
CANTÁBRICO
BELMONTE

CUPÓN NÚM. 1
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del
mes de diciembre.



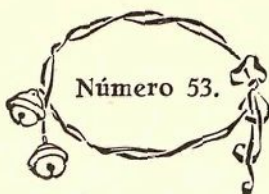
Si quiere usted experi-
mentar una sensación
agradable á la par que
higiénica, fricciónese
después del "sport"
con

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50

Perfumería Gal

MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 3 de diciembre de 1922.



L A S B U E N A S A L M A S

«Hay quien nace con estrella
y quien nace estrellado.»

MILLÁN ASTRAY.



NACER estrellado, más o menos hiperbólicamente, es una cosa muy seria. Pero mucho más serio es morir estrellado, como le ocurrió a Juan el de la Suerte, que así le llamaban sus compañeros, sarcasmeándose de la negra retinta que perseguía al hombre desde el montón de trapos que le dieron por cuna el día que menos lo pensaba.

Juan el de la Suerte, que era albañil, había pasado un invierno de perros; pero de perros golfos, no de esos que van en auto con gabardina. Quince o veinte chapuzas le habían caído, y todas de más peligro que una sesión municipal. ¿Que había que revocar una casa?... Pues Juan tenía que trepar al tablón del último piso y mirar hasta por los ojos de gallo para no resbalar en la escarcha o evitar el vértigo, puesto que unas patatas *viudas* no permiten tener muy firme la cabeza.

En fin, que el pobre Juan el de la Suerte se pasó el invierno calentando nidos en los aleros con el aliento y hablando en voz baja con los aviadores; pero sin voltereta que lamentar.

Y en pleno agosto, cuando estaba picando una fachada a la altura de un Diego San José — ponemos por *pequeñez* —, resbaló, hizo una pirueta y aterrizó de nuca contra el borde de una acera. No dijo ni «a las tres», que era su frase. Allí se quedó, con los brazos en cruz y los ojos abiertos mirando hacia arriba, como diciendo: «¡Hay que ver desde qué ridiculez de distancia he venido a hacerme migas!»

De allí se lo llevaron al Depósito. Los compañeros de tajo dijeron que se había matado de una *guarrá*. La Ciencia habló de fractura de la base del cráneo. Juan la *diñó*. Es lo único evidente.

Y ¿para qué vamos a gastar tinta china en pintar a ustedes el deplorable estado en que quedó el misero hogar del pobre Juan el de la Suerte? Cuando él vivía, la parienta y los siete chavales comían algunos martes, jueves y sábados; conqué después, háganse ustedes un croquis: no decimos que entró la Miseria en aquel hogar, porque es una cursilería, y porque la harapienta señora no había salido nunca de él. Quien sí entró fué el portero, para comunicar a los *herederos*, en un democrático alarde a lo Santiago Alba, que la calle era de todo el mundo. La viuda y los huérfanos hubiesen comprobado rápidamente la certeza del dicho porteril, de no acudir en su socorro la Providencia en figura de Pifanio el *Alirón*, compañero de tajo del siniestrado Juan y hombre de más iniciativas que la Sociedad de Autores.

— ¿Qué sus van a echar estando aquí mangue?... ¡Que se lo van a creer! — gritó Pifanio en castellano de Mesón de Paredes encarándose con la viuda —. Vamos a ver: ¿qué sus falta pa recoger esos recibos?

— Tener dinero.

— Percatao, Duvigis; pero ¿cuánto?

— Pos el total de dos meses — contestó la afligida viuda sollozando —: ocho *cabezotas*...

— ¿Y por ocho *chulés* sus van a desahuciar?... ¡Tú no me conoces a mí!

— ¡Son mucho dinero ocho *laureanos*!

— ¡Cuarenta *legañas*!

— ¡Ya ves!... ¡Na menos que cuarenta *liendres*!

— ¿Y por cuarenta *moscas* iba yo a dejar que roncáseis en el arroyo? ¡No, Duvigis, no! Yo no tengo ni una mota; pero me sobra cerebelo pa sacar ocho *moscos* de ande los haiga. Ya lo verás. Antes de una hora me ties aquí con las cuarenta *lucanas*.

— Pero ¿qué vas a hacer?

— Ya lo verás, Duvigis.

Y Pifanio el *Alirón*, que poseía una viscera cardíaca como el patio de butacas de Fuencarral, se echó a la calle, y tienda por tienda recorrió todas las próximas al ex domicilio del ex Juan el de la Suerte. Relató en todas el trisísimo caso, recargando más que *Catalino* y atacando con tal elocuencia el corazón de los mercaderes, que no abandonó ni un solo establecimiento sin sacar un duro de óbolo.

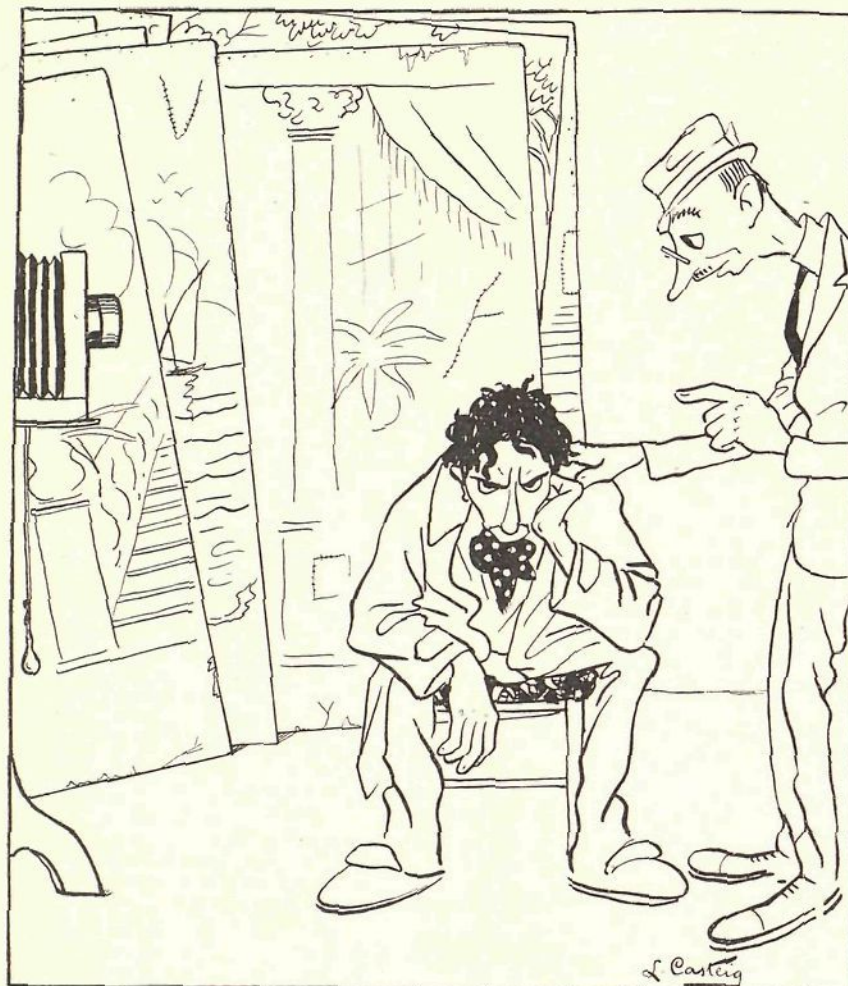
Y he aquí que nuestro buen Pifanio, rebosante todo él de júbilo, subió de cuatro en cinco los ciento veintidós (¡por uno menos, capicúa!) escalones que conducían a la boharda donde unos ángeles huérfanos le esperaban jugando al gua en un ladrillo roto. Un espíritu selecto hubiese gritado al entrar: «¡Hosanna!»; un poeta hubiese exclamado: «¡Aleluya!»; un acreedor hubiese dicho: «¡Hurra!»; Pifanio dijo: «¡La vérdiga, qué cansao vengo!»

— Y ¿qué? — interrogó Duvigis —. No has lograo na, ¿verdad?



Juan y Manuela no figuran hoy en esta plana, para dar lugar a la transcendental noticia de que mañana, día 4 de diciembre de 1922, cumple BUEN HUMOR, con toda felicidad, el primer año de su natalicio; noticia que se complacen en comunicar a sus lectores, prometiéndoles asimismo que durante los setenta y ocho años que quedan de siglo aprovecharán esta gloriosa fecha para saludarlos con todo agradecimiento.





Dib. CASTEIG. — Alicante.

EL FOTÓGRAFO. — *No gano una peseta; no sube nadie a retratarse. ¡Estoy en la miseria!*...

EL AMIGO. — *¿En la miseria, dices, teniendo ahí tantos fondos?...*

— ¡A ver por quién m'has tomao, Duvigis!... Lo que prometo yo, como si lo rubricase Millán de Millán de Priego... ¡Ahí van!...

Y con un gesto de *croupier* prócer tiró sobre la inválida mesa los ocho ojos de buey, cuyo tintineo hizo levantar la cabeza a los siete chicos, alarmados por aquel ignorado sonido.

La Duvigis lloraba de alegría.

— Pero ¡si me parece mental!...

— Pos ahí lo ties. Y ya lo sabes: no hay que desesperar. Cuando te veas apurá, te agarras al teléfono, llamas al setenta y cinco-setenta y siete, jota, y dices que avisen en la tasca de al lao, pa que manden un chico a la tahona de enfrente, que es donde llevan el pan en ca los señores ande asiste mi madre, y ya me darán el recazo.... ¡Ah!... Y al que le oigas decir que no hay caridá, le das con el botijo en los sesos. Lo que pasa es que hay que saber tocarle a la gente en el corazón.

Y Pifanio, con la satisfacción del deber cumplido, echó escaleras abajo.

A la altura del principal se cruzó con el portero, que subía.

— ¡Menudo mico se va a llevar este mono cuando vea que le pagan! — pensó Pifanio al salir de la casa.

Y lo mismo que él pensó la Duvigis, cuando vió entrar en su cuarto, recibos en ristre, al enemigo.

— ¿Trae usted los recibos?

— ¡Claroco! ¿Me los va usted a pagar?

— Desparrame la vista por la mesa y arrebañe los ocho *moscovitas* que se vislumbra...

— Vaya, m'alegro, mujer. De verdá que m'alegro. ¡No sabe usté lo que me iba a doler verlos en la puerta de la calle!...

— Pues no hay de qué, por ahora, portero.

Y la Duvigis, cogiendo los ocho duros los depositó solemnemente en la mano del portero, alargando su diestra para

recoger los recibos. Pero el portero, tras minucioso examen, lo que volvió a entregarle fueron los ocho duros.

¡Seis eran sevillanos y dos de plomo!
¡¡Oh, las buenas almas!!...

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO.

LA DE REGÚLEZ

¿Tiene mi amiga Pilar (que ni es horrible ni es bella) algo de particular?

No, señor; todo es en ella *regular*.

No tiene (todos lo ven) mucha ni poca cultura, ni alta ni baja figura, porque es también *regular* de estatura.

— ¿Qué tal? — preguntóle Argente. Y ella con gran prontitud le respondió: — Tan valiente, y *regularcejamente* de salud.

Ni puede despilfarrar ni tiene escasez de *guita*, pues me han dicho de Pilar que tiene una fortunita *regular*.

No comer le importa un pito ni el manjar más exquisito, pues, según el doctor Blas, *regular* es nada más su apetito.

Tenía un tío tercero, llamado fray Juan Roquete (que pertenecía al clero *regular*), en Ombliguete del Carnero,

y, anheloso de llegar de la Moral a las cumbres, se hizo cargo de Pilar para *regularizar* sus costumbres.

Regular de proporciones y con un *regular* pie, tiene unas narices de *regulares* dimensiones.

¡Bien se ve!

Y tras de estar varios meses entreteniendo a Meneses, Ribatejada y Pinillos (tres novios *regularcillos* de intereses),

se ha casado con Germán Rodríguez y Colmenares, que actualmente es capitán... (¡claro está!) de *regulares* de Tetuán.

Y sin ser ante la gente merecedora de un nimbo, ni de conducta que afrente, morirá, y *regularmente* se irá al Limbo, que, según lo que yo infiero, ni es edén del bienestar ni diabólico lugar, sino que es un paradero... *regular*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

HÉROES DEL RUEDO



ON notoria injusticia, la gloria del torero nos hace olvidar a otros personajes de la trágica fiesta española, muy dignos también de ser aireados en papel impreso.

Hablemos de ellos.

El toro. El toro es la víctima segura de la fiesta. Rarísima vez escapa con vida, y en ese caso, el descrédito es enorme. Puede considerarse como la mayor deshonra para una ganadería el que uno de sus más importantes miembros vuelva a los corrales en compañía de sus preceptores los cabestros. Un toro que conserve restos de pundonor debe morir antes del cuarto pinchazo.

El toro recibe diversas denominaciones, según su comportamiento.

Cuando, inocente, acude al trapo sin fijarse en el hombre que detrás se protege, es llamado *noble bruto* o *noble fiera*. Una persona que hiciera lo mismo, pasaría por imbécil y simple.

Cuando se da cuenta de que su enemigo no es el percal, sino el torero, contra éste dirige sus embestidas. Eso le merece los dictérios de *marrajo* y *criminal*. Un hombre que, imitando al toro, se va al bulto, pasa por *tío vivo*; vamos, que tiene *pupila*.

Cuando el bicho no atiende a los sugestivos requerimientos que los lidiadores le hacen, el público le llama *buey* con una indignación justificadísima.

—Vamos, hombre, ¿le parece a usted decente cobrar dos mil pesetas para que luego se quede quieto en las tablas del *cuatro*, añorando los verdes prados y las pródigas encinas, en vez de cumplir como mandan los cánones?

El ganadero, avergonzado, se retira del palco. ¡Bueno le van a poner luego *Don Confesiones*, *Don Justo*, *Don Verdades* y *Don Patricio*! (Es de notar que casi todos los revisteros taurinos son títulos académicos.)

Las obligaciones del buen toro son sencillísimas:

Cuando el torero le llama, debe acudir lo más aprisa posible.

Al llegar junto a él, ha de procurar pasar rápido y no herirle con el cuerno.

Repetirá la embestida hasta que el público, puesto en pie, lance un alarido de aprobación, siendo conveniente que de vez en cuando arranque un alamar de la chaquetilla del torero.

Al terminar los aplausos se dirigirá con decisión hacia el ca-

ballo que salientemente le habrán colocado delante.

Le perforará el abdomen con naturalidad y destreza.

Volverá luego a observar y a estudiar la superficie del capote que sabiamente le pongan junto a los ojos.

Más tarde, y tras componer con el torero otras cuantas figuras plásticas, acariciará al segundo caballo del mismo modo que lo hizo con el primero.

Después hará una cosa idéntica con el tercero, con el cuarto, con el quinto..., con todos los que sus músculos cervicales consientan.

Acto seguido, cuando escuche los clarines, agachará humilde la cabeza para que los banderilleros le claven cómodamente unos palitos en el morillo.

Procurará, tan pronto como los clarines vuelvan a sonar, obedecer ciegamente lo que el espada le ordene: levantará la cabeza si el matador lo manda así, bajará el hocico si el torero lo cree

conveniente, juntará las manos si el diestro considera que están más separadas de lo debido.

Y, por último, es absolutamente necesario que se muera de repente en cuanto el hombre le pinche con el estoque.

Cumpliendo estas ordenanzas, ganará una ovación inmensa cuando su cuerpo exánime sea arrastrado por las mulillas. No debe preocuparle el no poder contestar a tales muestras de afecto; se encargará de ello el ganadero, que para eso ocupa un palco.



Otro actor, que también suele fallecer bastantes veces, es el caballo, animal que se principia por unas orejas, se continúa por un rosario de vértebras y acaba en un mono. Sobre el caballo va siempre lo que llaman el picador; hay quien asegura que es una persona.

Para ingresar en el gremio de *sardinan despenables*, título honorífico que se confiere a los caballos de las corridas, se exigen dos cualidades físicas que no todos poseen: hay que ser buen mozo, y hay que tener en perfecto estado el ojo izquierdo.

Es asimismo conveniente que el caballo haya cumplido la mayoría de edad. Con tales dotes puede valer hasta sus buenos veinte duros.

Un caballo consciente está obligado a pisar satisfecho y alegre la candente arena. Veamos. ¿Qué puede suceder? Que el toro lo despanzurre, o que el toro no lo despanzurre.

Si el toro lo despanzurre, a morir se ha dicho. ¡Terminaron las hambres y los estacazos de esos crueles *monosabios*!

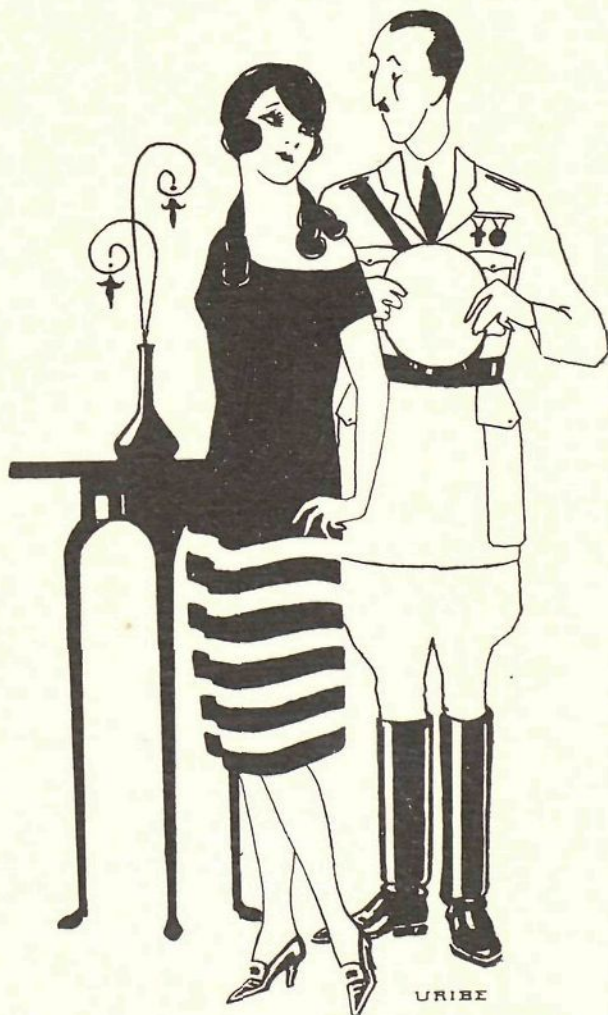
Si el toro no lo despanzurre, volverá a la misma situación que antes de entrar en el circo tenía. Perder, por tanto, no pierde. ¡Alegría, pues, y vamos a ver si por el pesebre queda algún grano de cebada!

Aconsejamos a los caballos heridos que procuren no cocear cuando algún *monosabio* pretenda volverle los intestinos a su natural recipiente. Son unas expansiones muy mal vistas por la buena sociedad.



Los progenitores del torero son también acreedores a una positiva popularidad.

Ellos no van a la plaza. Desde que principia hasta que termina la corrida, los intranquilos autores del *fenómeno* se dedican a pedir a la Virgen por la vida de su hijo. Claro que mejor sería coger al chico y atarle a una pata de la cama. Pero ¿qué diría entonces la afición?



URIBE

Dib. URIBE. — Madrid.

— Pero ¿no decía usted que esa cruz la había ganado por atrevido?...

La Virgen ante quien rezan es una estampa de la Dolorosa, Virgen la más querida y admirada de la España taurina. Ninguna otra Virgen puede ostentar las siete significativas y centelleantes espadas que en su corazón se clavan. Y — ¡oh milagros del arte pictórico! — el corazón de la Señora se asienta en mitad del pecho, sin que nadie haya podido dar con el motivo de tan inusitado cambio de domicilio.

Mientras ambos cónyuges, embebidos en la piadosa tarea, no piensan más que en el hijo de su alma, por los tendidos de la plaza se les prodigan los más variados epítetos.

Si *er niño* da una verónica ceñida, los buenos señores son elevados hasta el cielo en nubes de alabanzas. Si el terror hace que la muleta caiga ante el hocico del morlaco, en tanto que el legítimo dueño de la prenda corre hacia la barrera con solicitud laudabilísima,

los adjetivos a la madre degeneran en categóricas y desfavorables afirmaciones acerca de la fidelidad conyugal, y al padre se le atribuyen costumbres desacordes con las leyes naturales.

Acaba la corrida, y un peón o un íntimo les lleva la noticia:

— ¿Le han jerío?

— ¡Qué le van a jeri, con er quinqué y la facurtade que tiene!

— ¿Qué, cómo ha estao?

— ¡Bestiál!

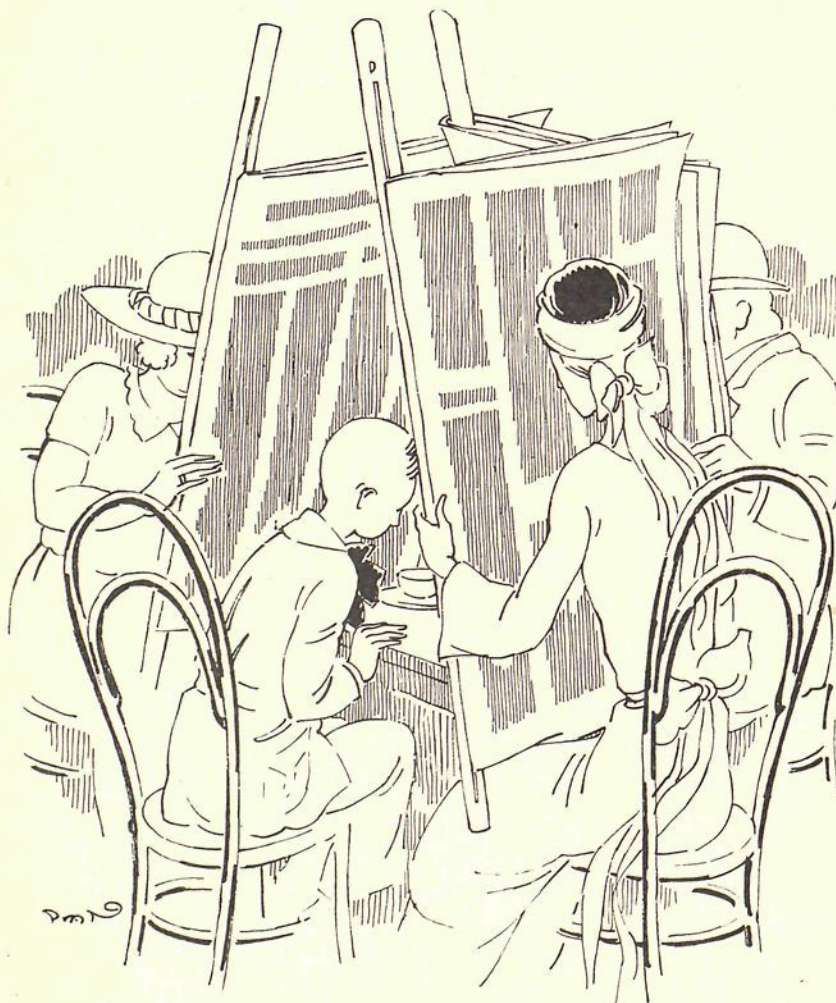
— ¿Y le han dao alguna oreja?

— Cuatro oreja y do rabo. ¡Y porque no había mal! ¡Hubo hasta quien pidió las der presidente!... ¡Brutá, chiquiyo! ¡Sarvajel! ¡Ha estao hecho un burro!...

— Y ¡ole mi niño! — grita el padre entusiasmado —. ¡Tira p'ante, Rafaél! ¡Amos a tomá unas cañital!...

La madre llora de felicidad.

ALFREDO ÁVILA.



Dib. PRAT. — París.

Lo que se divierte Carlitos el día que sus papás le obsequian llevándole con ellos al café.

PROGRAMAS

"CARNET" DE LA SEMANA

¿Han observado ustedes la coincidencia? Todos son pavos en los escenarios madrileños.

Tenemos el de Eslava, el de Apolo y la pava de la Comedia...

Hacedores de milagros amables los poetas, Eduardo Marquina acaba nada menos que de perfeccionar esa bella obra de Dios que se llama el pavo real. A su magnificencia, a su majestad, añadió el deleite inefable de una voz armoniosa que acaricia: la de Catalina Bárcena.

— Entonces — dirán ustedes —, la maravilla se debe a la actriz.

A la actriz y al escritor. Porque así como evitó éste que el ave envejeciese su esplendor con sus graznidos, presándole la garganta de la cómica, consiguió también, gracias a sus versos, que la Bárcena dejase de enturbiar su acento con las ocurrencias del Sr. Muñoz Seca.

Y no es *pavada*, como dicen los actores argentinos de la Zarzuela, no sé si por fidelidad al lenguaje bonaerense o comentando la actualidad teatral.



El premio Nóbel ha venido a resolver el conflicto que se había planteado en la conciencia de algunos admiradores del insigne dramaturgo.

Era ya cosa admitida por todos la semejanza física de D. Jacinto con Shakespeare.

Y de ésta deducíase la otra: la intelectual.

Como en las denuncias de plagios, se llegó a publicar en cierto periódico la imagen de los dos soberanos ingenios, a doble columna, y se declaraba entrambos rostros gemelos en su espiritalidad.

De pronto, aquella ya antigua sospecha de que Shakespeare no fué el autor de sus obras, se confirma sin lugar a dudas y con abundancia de documentos. El gran William, ante el fantasma de lord Bacon, quedó reducido a un pobre diablo de comicucho...

Mi gozo en un pozo. Resulta que parecerse a Shakespeare es no parecerse a Shakespeare. ¡Oh desilusión! En esto, los dioses sean alabados, el premio Nóbel. Como si dijéramos, un certificado de que Benavente es Benavente.



¿En qué quedamos con lo de Raquel en París? ¿Fracasó? ¿Éxito mayor que nunca? Las dos cosas.

En Ba-Ta-Clan, a primera hora, y en Clover Club, de madrugada, se sigue aplaudiendo a la gran cancionista española.

Repertorio, el de siempre: *Relicario*, *Mujer del ahorcado*, *Besos fríos*. En una palabra, la crónica de sucesos, que Raquel sirve a la burguesía en la sobremesa, y a los noctámbulos cuando ya se retiran a dormir. Con esto no necesitan leer los diarios.

Lo lamentable está en que Ba-Ta-Clan no goza del mayor prestigio artístico, y Clover Club, al fin y al cabo, es un *cabaret*.

La Sra. Meller, poniéndose a tono, actúa en artista cabaretiera. Por ejemplo: canta el cuplé ese de las violetas, y sale por una rampa y echa flores al público.

Convergamos en que tal actitud más la aproxima al Edén Concert de Barcelona que a la Comédie Française.

Por último, ha engordado. Cosa triste en París, donde no constituye, como en España, un piropo decirle a una mujer que nos la comeríamos... ¡Lo que puede la nostalgia del jamón por las jamonas y viceversa!

No ya la frívola y galante *Vie Parisienne*, sino el galante y sesudo *Figaro*, comentaba con melancolía el que Raquel Meller haya guateado de grasa su esqueleto lírico...

En resumen, se descuida un poco nuestra admirable *divette*. Claro está que a juicio de los parisienses. Si miramos desde Maravillas, esa especie de Casa del Pueblo de las variedades, perpetuo mitin en un almacén adornado para una verbena, todavía Ba-Ta-Clan y el Clover Club representan la aristocracia, como los propios salones de un Montmorny...



Al margen de la cuestión Millán Astray y del expediente Picasso.

Miren por dónde los militares y las mujeres son semejantes. Con ellos y con ellas conviene hablar de frivolidades y no quitarles la razón.

Si no, disgusto al canto.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.



MUESTRARIO DE "FIRMAS"

Ramón Pérez de Ayala.

Siempre que pretendo hacerme idea de lo que es un hombre serio, evoco a Pérez de Ayala.

Sus escritos cerebrales, de gran intelecto, hondos como un pozo sin fin, acusan su seriedad.

Pero Belmonte, digo Pérez de Ayala, dejado llevar de su afición a los toros, ha faltado a dicha supuesta seriedad. Verá usted, lector:

Pérez de Ayala y yo somos belmontistas.

Belmonte y yo somos incondicionales admiradores de Belmonte, digo — y voy a tener que subsanar muchas veces — de Pérez de Ayala.

El que haya leído *El doble* de Dos-
toiewsky, comprenderá mi confusión.

Yo sé que un hombre serio es incapaz de prestarse a manejos y trucos que desorienten al coro de sus admiradores.

Sin embargo, Pérez de Ayala ha sido capaz de ello, ha tenido la osadía, y desde luego mucho valor, al prestarse a un cambio de personalidad.

Surgió la idea un día, fin de temporada, en que *el fenómeno* se desayunaba en la cama. Se supone que no faltaba a sus incondicionales.

Filosofaba: la vida era efímera, y temía que fuese más que efímera un mal

día que se propasase dos milímetros más de lo justo al interpretar su media verónica.

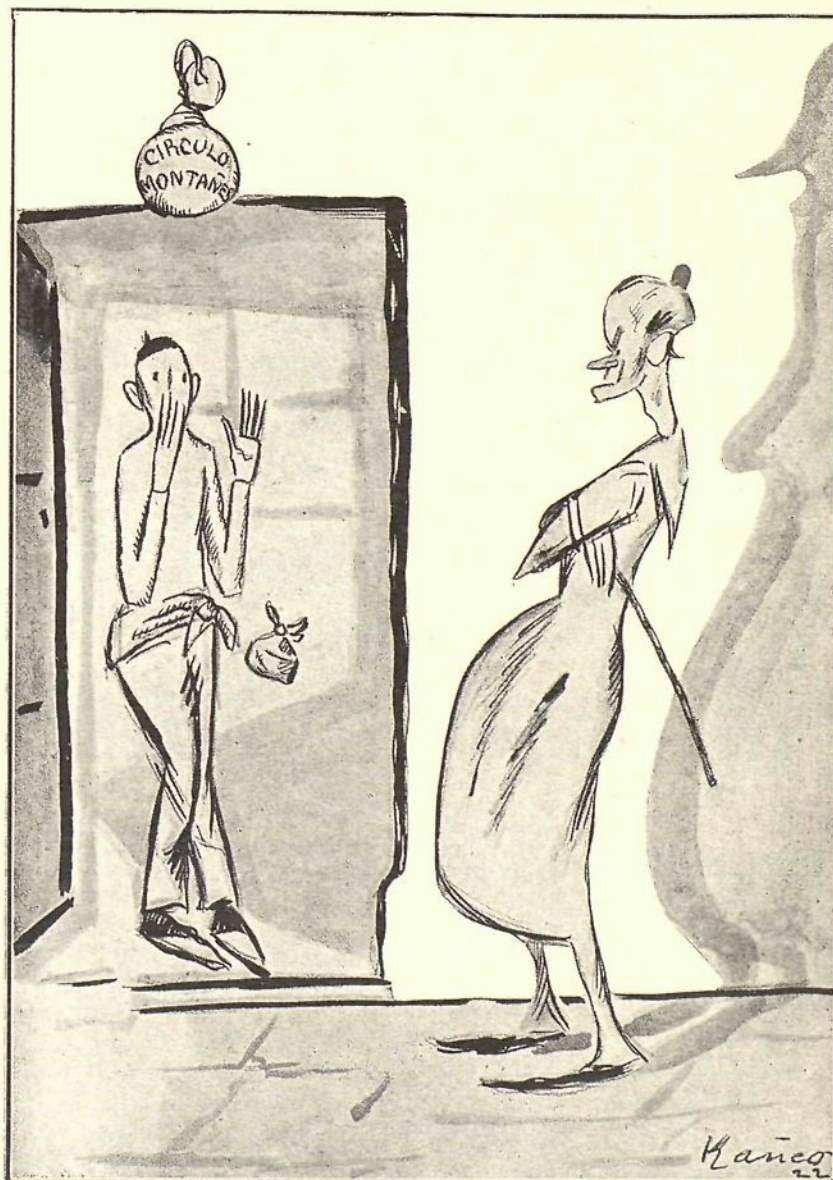
Luis de Tapia coincidía en la opinión de Belmonte, que, a su juicio, discurría como un intelectual.

Otro de los intelectuales que marginaban el lecho asentía también. Todos llegaron a estar conformes.

Una voz propuso:

— Pues retírate de los toros. Ya has hecho tu dinero. Te debes a la familia..., a tu hermosa nena, a tu amada esposa.

— No...; no puedo. Tam... también me de... me debo al público



EL ÚLTIMO PASE

Dib. KAÑO. — Madrid.

— ¡Atiza'... ¡La contraria en puerta!...

Era verdad; el ídolo no era dueño de su persona, y menos de su arte, que moriría con el aconsejado mutis.

En esto irrumpió en la alcoba Pérez de Ayala. Todos quedaron asombrados de su prodigioso parecido con *el fenómeno*, que se apresuró a coger el libro más a mano.

— Le... le estaba leyendo, amigo.

Fué cuando surgió la idea. La expuso el Dr. Serrano, guiado de su cariño a Belmonte.

Sabía que a Pérez de Ayala le entusiasmaría ser algo más que un simple aficionado a los toros, y que a Belmonte le agradaría ser algo más que un sim-

ple lector de los libros de Ramón Pérez de Ayala.

El escritor y el torero sellaron el pacto con un fuerte abrazo.

Belmonte se quedó aquí, escribiendo cosas profundas, y Pérez de Ayala se fué a Lima.

— Ya sabes — advirtió a Belmonte el gran escritor —, sigues posponiendo a Benavente

Le dejó una lista: García Alvarez, Seca, Arniches, Benavente.

Pérez de Ayala tuvo un triunfo clamoroso en Lima. Estaba rabioso de palmas. Se la jugaba como un novillero.

Los admiradores de Belmonte rugían de entusiasmo

— ¡Conque se había acabado Juan! ¡Conque ya no era éste nuestro Juan!

Pero Belmonte aquí, y Pérez de Ayala allí, sentían nostalgias de la profesión abandonada. Pérez de Ayala mandó un artículo a *Mundial*, que firmaba, claro es, Belmonte; y Belmonte naturaleaba y molineteaba a las sillas con una muleta improvisada con cuartillas cosidas.

Se impuso el regreso de Pérez de Ayala.

— Y ahora, ¿qué hacemos? — se dijeron frente a frente *el fenómeno* y el literato.

— El caso es que yo, como te has puesto en plan de novillero rabioso, ¡cualquiera mantiene aquí ese cartel!... ¡Es tan agradable y tranquilo esto de escribir!

— Sí; pero yo, que hasta me he formado al lenguaje pintoresco de los toreros, creo difícil volver a pensar en hondo.

Intervino el Dr. Serrano, como siempre, guiado por su paternal afecto a *Terramoto*:

— Ni una palabra más. Tú te retiras; y usted, don Ramón, se entrena con la pluma, y a ganar otro «Premio-Cavia».

Belmonte pintó en su boquita un gesto muy triste, una pequeña sonrisa:

— ¡Ahora que le estaba tomando gusto a esto! — y enseñó a su amigo el escritor unas cuartillas escritas, advirtiéndole un poco emocionado:

— Me gusta... sò... sobre todo la crítica.

— Pero, ¿qué dices aquí? ¡Eres un he-rejote! — clamó con modestia e indignación Pérez de Ayala.

— Sí. No es por halagarte. Creo que vales más que *Azorín*, *Araquistain*, *Unamuno*, *Samblancat*, *Baroja*...

— Pero ¿cómo quieres que salga esto con mi firma?

Belmonte tuvo una idea genial:

— ¡Lo firmaré yo!

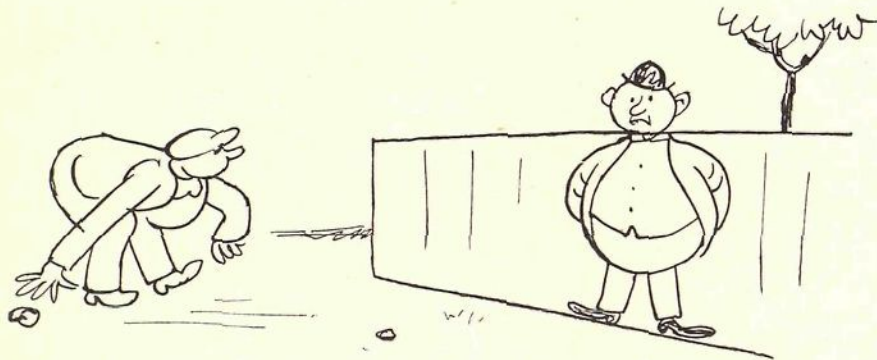
Ya sabe usted, lector, pronto aparecerá ese artículo.

Por la audacia de su contenido y por la calidad de su firmante, hará furor.

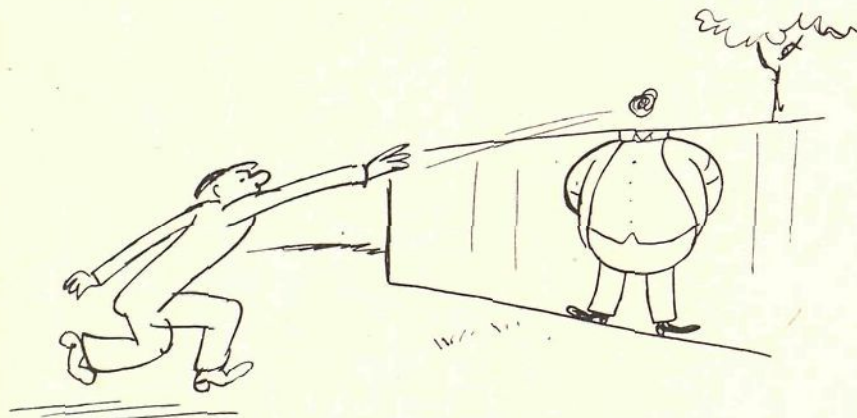
Belmonte sabe lo que se hace. Quiere desatar las pasiones. Quiere ser conocido, imponer su *firma*.

Aunque entonces Pérez de Ayala era tan Pérez de Ayala como lo es ahora.

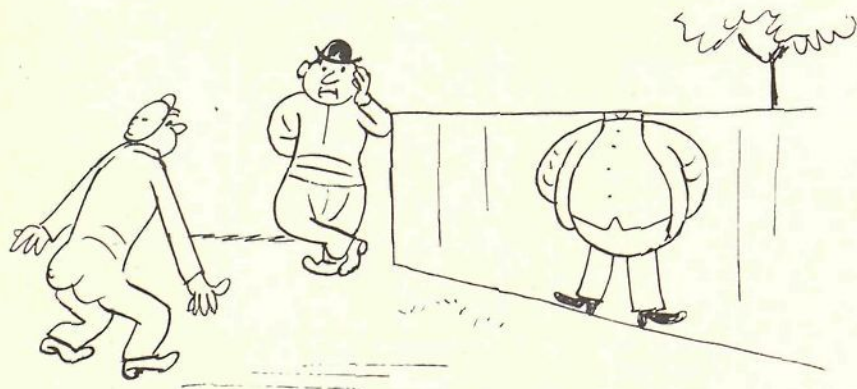
DURO Y A LA CABEZA



¡Oh!...



¡Ah!...



¿Eh?...

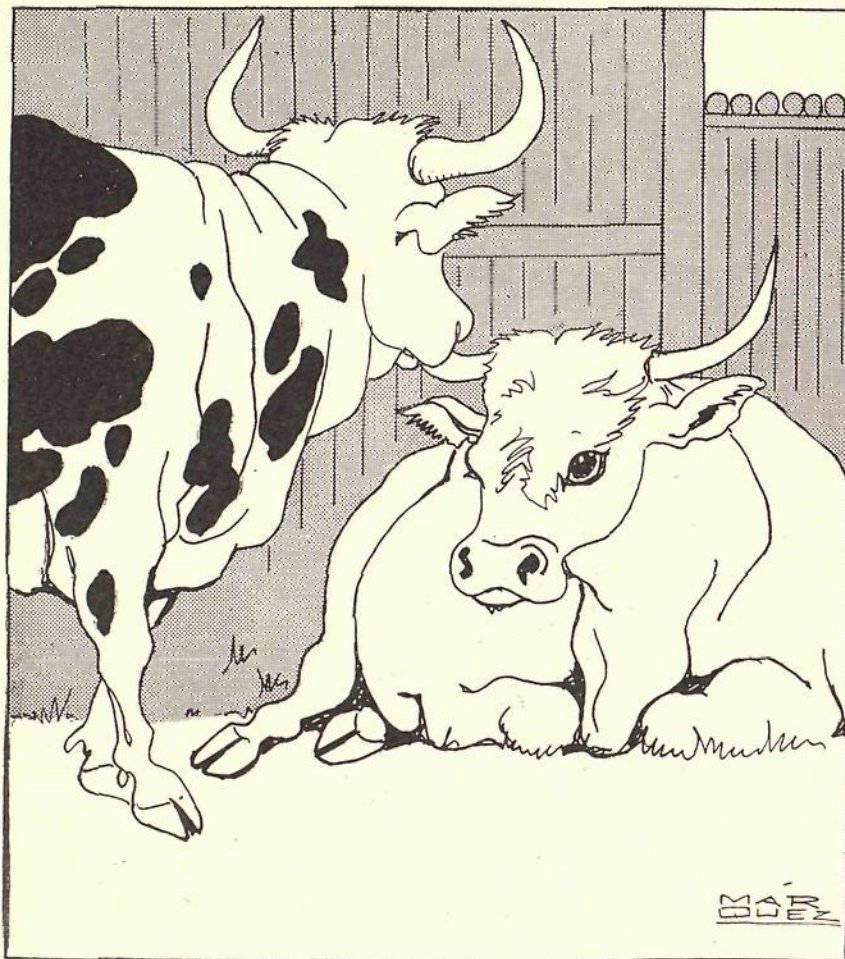
Dib. BERGSTRON. — Estocolmo.

LORENZO RODERO.



— Angulo se casa con una viuda de catorce meses. ¿Qué te parece?
 — ¡Pobrecilla!... ¡Catorce meses, y ya viuda!...

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.



ORGULLO DE RAZA

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— ¿Has visto lo que dicen de mi hijo los periódicos? Ayer le lidiaron en una plaza, y le dieron tres vueltas al arrastrarle mientras aplaudían su bravura. ¡Ha salido a su madre!...

LOS TRES HIJOS DE GUTIÉRREZ

NARRACIÓN FANTÁSTICA

El modesto y unas mijajas tártaro cuento que voy a tener el honor de referir a mis lectores, pueden éstos suponerlo sucedido lo mismo en el año 1902 que en el 1930; y exactamente igual me da que se figuren que el caso ocurrió en Madrid, que en Barcelona, que en Buenos Aires, que en Cacarajicara, que en Cuenca, que en Jadraque. A mí las fechas, como los lugares de los sucesos, me traen absolutamente sin cuidado. El caso es que lo que se relate tenga interés y un poco de miga, y que al final quedemos todos contentos y triunfe la virtud...

Ignoro, como he dicho, si la ejemplar historia que voy a relatar, con un lujo asiático de detalles, sucedió en España,

en la América latina, en Portugal o en Andorra; pero lo que sí sé es que un individuo, apellidado Gutiérrez por mal nombre, tuvo tres hijos en un sólo parto un día que llovía mucho y había huelga de panaderos. Anoto el interesante *quid pro quo* de que Gutiérrez se llamaba de segundo apellido Paniagua.

Creo que he dicho antes que Gutiérrez Paniagua tuvo los tres hijos en un parto; pero también creo que los lectores no habrán creído que el parto corrió de cuenta de Gutiérrez, sino de su esposa (cuyos pies beso), y que, según he sabido después, falleció de resultas del alumbramiento (¡descanse en paz!).

Los tres hijos no fallecieron (¡enhora buena, pequeños!), y, a pesar de la dila-

tada ausencia de su madre, se criaron con mucha facilidad y con bastante fosfatina; pero cuando llegaron a la edad de la razón observó Gutiérrez con alarma que las tres criaturas eran tres perfectos brutos y que prometían serlo muchísimo más si la Divina Providencia no operaba un milagro, pero de los gordos.

El primero de los rorros, llamado Angel, fué suspendido por la faja catorce veces en los exámenes del Instituto de segunda enseñanza, y se dió el caso absurdo de que a los catorce años todavía no había pasado del primer año... El segundo chava, que se llamaba Serafín, no sabía escribir a los veinte, aunque él se consolaba diciendo que Joaquín Abati tenía sesenta y no sabía escribir tampoco... Y el tercero, a quien llamaban Pepe, era un perfecto melón de lo más villaconejesco que se ha conocido, y a quien los maestros de escuela calaron en seguida.

Gutiérrez se encontró, pues, ante un pavoroso problema: Angel y Serafín daban menos chispas que un encendedor; y, en cuanto a Pepe, era una cosa así como el vino que regalan en los cubiertos del bar Sol: ¡que no daba chispa ninguna!...

Y, naturalmente, como todo padre tiene el deber de velar por el porvenir de sus hijos, y más si son tan mentecatos como los de nuestro cuento, Gutiérrez empezó a quemarse las pestañas con el noble fin de buscar una solución para el tremendo conflicto.

El hombre echó sus cuentas, meditó, observó, pesó, sumó, restó, multiplicó y dividió, y el resumen de todas estas especulaciones filosóficas fué el siguiente:

¡Desde luego Pepe es el más inútil de los tres, Serafín es un poco menos bruto y Angel es el menos bruto, aunque, gracias a Dios, lo es bastante!... Ninguno de los tres puede ser ingeniero, médico, autor cómico, ambulante de Correos, ni siquiera ministro... ¡Pero tienen que ser algo, además de ser lo majaderos que ya son!...

Y Gutiérrez, que estaba magníficamente relacionado, empezó a cultivar sus amistades con el exclusivo objeto de hallar la ansiada colocación para sus tres infortunados hijos.

Era a la sazón presidente del Consejo un tal Vázquez de la Higuera, que había sido en sus mocedades compañero de oficina de Gutiérrez Paniagua, y éste pensó en seguida: «¡El porvenir de mis chicos está en La Higuera!...»; y sin encomendarse a Dios se fué a casa del prócer a decirle que había que colocar a sus vástagos, fuese como fuese y donde fuese.

* Vázquez de la Higuera era tonto; pero no tanto... Queremos decir con esto, que se negó en principio a satisfacer los deseos de Gutiérrez; pero Gutiérrez le quitó dos motas y un fideo que tenía en la solapa de la levita, le tiró un poco de ella para que se le quitase una arruga que hacía feo, y le dió a entender

que lo que quería para sus hijos era una cosa modesta: no un cargo de diputado cunero, no un Gobierno civil, no un empleo brillante en la diplomacia..., sino algo para vivir sin tener que pedir un óbolo al transeúnte o quitarle un reloj al ídem...

El entrecejo de La Higuera se desarrugó al calcular la modestia de las pretensiones de su amigo, y fué cosa facilísima el llegar a la solución del arduo problema.

— ¿Dices que Angel es el menos trompo de tus hijos?

— ¡Desde luego es el menos trompo; pero es trompo!

— ¡Cuenta con una plaza de agente de vigilancia para él!

— ¡Mil gracias, Vázquez!

— ¿Y Serafin, el segundo?

— ¡Ese, el pobrecito es una calamidad!

— ¡Le haremos guardia de orden público!

— ¡Agradecidísimo de todo corazón, Vázquez de mi alma!

— Bueno; y ahora queda lo más grave. ¡El tercerito! ¡Pepe!

— ¡Pepe es una cosa inaudita, Vázquez de mis entrañas! ¡Yo mismo no calculo para qué te podrá servir! ¡Porque te juro por las cenizas de su pobre madre, que no sirve absolutamente para nada!...

Y aquí Gutiérrez se echó a llorar, no a moco tendido, sino a moco dormido a pierna suelta.

Pero Vázquez atajó su acerbo llanto con una decisión sublime:

— ¡No te apures, Gutiérrez! ¡Pepe puede desempeñar un cargo que está de acuerdo con sus aptitudes!

— ¿...???

— ¡Le haremos jefe superior de Policía!

ERNESTO POLO.

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA PULGA

Nací en un gran transatlántico de nacionalidad norteamericana, en pleno Océano. Soy, pues, súbdita naonata del Tío Sam y ahijada de las ondinias, que mecieron mi infancia.

A poco de mi afortunado nacimiento, el vapor que fuese mi cuna, incendiándose, me amenazó con ser mi urna cineraria, luego de mi horno crematorio; pero otra cosa estaba escrita, y tuve el honor de ser salvada, primero del incendio y después del naufragio, por el rey de la caña de azúcar, que me metió con él en un bote.

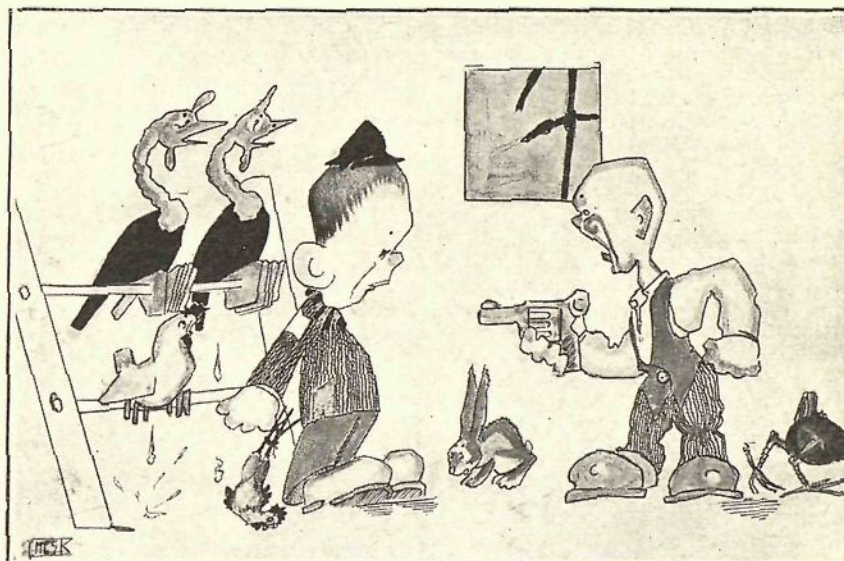
Me llamo Frank (pues soy varón, y de altas prendas), y mi vida, llena de hechos ilustres, es varia y peregrina, heroica e interesante como pocas. Yo he asistido a cacerías y batallas; yo me he introducido, como don Juan, en el serra-

llo y en la celda de una novicia, y he descendido con los sabios al fondo de los cráteres; yo he paseado con un príncipe sobre el cuerpo de una ballena, y puedo decir que más de una princesa se ha escapado conmigo...

Viajando por Africa con un compatriota, Roosevelt, yo me he visto cien

veces en peligro de ser devorada por un león. Yo he oído hablar casi todas las lenguas, y tengo la clave de casi todos los secretos. ¡Ah, si las pulgas hablasen!...

Yo, en fin, la de tan ilustres hechos; la que en íntimos y lujosos camarines y en brillantes recepciones y ceremonias



Dib. CHESK. — Madrid.

— ¡Sinvergüenza!... ¡Robando mis gallinas!...

— Nada de eso, señor. ¡Venía por una pluma para el sombrero!



Dib. CYRANO. — Madrid.

— Bueno, y adiós, que me esperan en casa y tengo mucha prisa.

— Pues toma ese tranvía.

— ¡Imposible!... ¿No te digo que tengo prisa?

se ha atiborrado de sangre azul; yo, la que ha resistido indemne el puñetazo con que un boxeador ganó el campeonato de ambos mundos..., he estado en riesgo, poco hace, de perecer ignominiosamente entre los dedos de un liviano filósofo, indigno hasta de mi desprecio. Quiero contaros la ocurrencia, porque me parece lance curioso, que patentiza la humana tontería y es gentil muestra de mi ingenio.

Alegre y descuidada, en cuclillas sobre el pestorejo del filósofo, me acicalaba yo bellamente. Mas el filósofo, aunque cabeceando a la sazón sobre Aristóteles, sintió, sin duda, en la nuca cosquillearle mis artejos, y turbado en su metafísica tarea, súbito, con brava iracundia, se dió un pescozón soberbio, que de milagro no fué mortal para mi persona. De un salto, hurtándome al envite, me parapeté tras la oreja del filósofo, y, con voz que esforzaba el enojo, le dije así, de no traicionarme la memoria:

— Verdaderamente, sois los hombres un perpetuo contrasentido; verdaderamente, sois es el ser más irrazonable, arbitrario y atrabiliario de los seres. He aquí que, entregado al Estagirita, tú te distraes con el buen Morfeo; y porque yo, delicadamente, te lo aviso, te pones

hecho una furia y me acometes con intenciones asesinas, olvidado de tu ecuanimidad y otras hierbas. ¡Y aun osarás llamarme, con los señores naturalistas, *pulga irritante*! ¡No; los irritantes sois vosotros, que, a pesar de irritaros por todo, mejor dicho, de irritaros por nada, os negáis a reconocer los irritables! Pero ¿qué valen vuestros juicios ni calificaciones? ¿No nos llamáis también *dipteras*, esto es, *de dos alas*, sin embargo de no tener ninguna? ¿No decís de vosotros mismos que sois la obra maestra, el favorito de la Naturaleza, que sois el rey de la Creación? Y ¿cómo has de ser tú favorito de quien te oculta sus secretos, ni rey mientras exista una sola pulga, a quienes debes tributo de por vida y que tienen, por ley divina, sobre ti señorío? Serás, en todo caso, un favorito engañado, un rey vasallo. Ya una congénere mía insigne, en quien transmigraba, indudablemente, el espíritu de Darwin, os definió de modo exacto cuando, un día, en una tauromaquia, con prosopopeya oracular, irguiéndose sobre un monosabio, exclamó: *Ecce Homo*. Porque eso, en resumidas cuentas, es el hombre, ese «cuadrúpedo en dos patas»: un mono rabón mal depilado, un eximio ex simio. Y nunca podrá

una pulga considerarle sino como un mero proveedor suyo, como un simple fabricante de sangre.

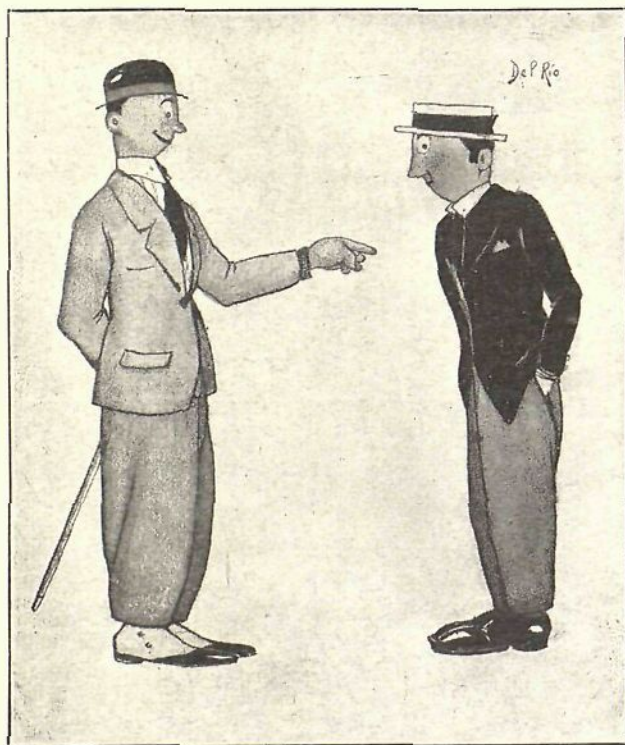
Aquí, lo confieso, tomando por asentimiento a mis palabras las cabezadas del filósofo, que otra vez dormitaba, hice una pausa vanidosa; pero advertido el error muy pronto, y despechada por el engaño, me exaltó la ira, y desfoguéla sobre la piel del desatento.

Despabilándose al castigo, el filosofillo, hecho un tigre hircano, me tiró un zarpazo con tal acierto, que quedé presa entre sus dedos, aunque ilesa. Leyendo en sus ojos, sin embargo, mi sentencia de muerte, viéndome perdida, saqué de mi cárcel la cabeza, y conocedora del corazón humano, ducha en achaques amorosos, le dije a mi verdugo:

— A tu albedrío estoy, mátame si quieres; pero antes, por si te importa, sabe qué hombros de nieve sembré anoche de granates, qué lindos ojos me miraron, qué albas ropas me comunicaron su perfume. Sabe, en suma, que vengo del gabinete de tu amada.

Superfluo juzgo añadir que, con tal expediente, no sólo granjeé mi indulto, sino que además me di un hartazgo de sangre de filósofo.

MANUEL GALÁN.



Dib. DEL RIO. — Barcelona.

— Oye, Pepe; tú, que sabes francés, ¿podrías decirme qué significa *pourquoi*?

— ¿Por qué?

— Hombre, porque necesito saberlo.



Dib. RUBIO. — Madrid.

— ¿Has visto qué amable es este periódico?... Todos los días nos da Memorias del Káiser.



Dib. K-HITO. — Madrid.

- Pues verá usted: yo una vez le di diez céntimos a un pobre, y a otro cinco.
- ¿Y qué más alega usted?
- Nada más... ¡Ah, sí!... Que otra vez di cinco también.
- Bueno; pues tenga usted sus veinte céntimos, y váyase.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LOS ARGENTINOS

El último alarido de la moda en asuntos teatrales es la compañía argentina de Muñio y Alippi, la que, aparte de ser notabilísima, se distingue por la extraña coincidencia de que casi todos sus componentes son españoles, uruguayos, franceses, italianos; todo menos argentinos.

De esta agrupación excelentísima han sobresalido las interpretaciones de tres obras: *El último gaucho*, por su color local, *La borrachera del tango* y otra comedia con un título muy extenso, que no hemos sido capaces de aprendernos, y que suena a una cosa así: *Hasta la Hacienda va al agua, si al vuelo cae Muñoz Seca* (1).

Nosotros, que somos indiscretos, he-

(1) *Hasta la hacienda baguala, cai al jagüel con la seca.*

mos averiguado varios aspectos y anécdotas interesantes de la compañía argentina, y con todo género de disculpas previas vamos a referirlos a nuestros lectores.

La obra que se titula ahora *La borrachera del tango* se llamó en otro tiempo *No vayás al cabaré, si no querés plantarte p'al otro barrio*. Pero como en la comedia mencionada se interpoló una canción que en América y aquí se hizo en seguida popular — el Sr. Clement la canta maravillosamente —, y que comienza con una estrofa que dice:

«¡Mozo, tráeme otra copa!»,

a fuerza de obligarle a repetir la citada canción, el artista termina con una *merluza* terrible, y de aquí que se cambiase la denominación primitiva por la de *La borrachera del tango*, que, a fin de cuentas, no es sino la del Sr. Clement.

Otra cosa que también hemos averiguado, y que no podemos resistirnos a hacer público, son los graves aprietos

en que han metido los autores españoles al Sr. Alippi, inteligente, simpático y notable autor, actor y director de la compañía.

Alippi, con un gentil propósito de hacerse agradable, anunció a sus íntimos que pensaba estrenar alguna obra española, si los autores se la ofrecían... ¡No supo Alippi lo que hacía!

Desde aquella funesta hora han caído sobre el magnífico artista sus trescientos comediógrafos, saineteros y dramaturgos. ¡La catástrofe!

Sabemos que Alippi piensa ya hasta en suicidarse, y que sale de la Zarzuela por las noches disfrazado para hurtarse al asedio de sus verdugos...

Finalmente, estamparemos otra indiscreción que causará estupor a los lectores que hayan ido a las representaciones de la compañía:

El gran actor cómico Muñio y el no menos notable Alippi, que juntos trabajan y juntos han conseguido el éxito que aquí proclamamos, no se hablan fuera de escena. Están *peleados*, y se muestran irreductibles para la reconciliación. Cuando salen a los pasillos, muy serios, muy altivos, van cada uno por su lado, como si no se conociesen...

Al relatar este hecho curioso, no nos anima otro propósito que el de *meterlos en camisas de once varas* y el comprometerles públicamente al abrazo cordial, ya que no hay entre ellos discrepancia ni disgusto fundamentales.

Después de estas indiscreciones levísimas, sólo nos resta añadir que la compañía argentina es modelo de organizaciones artísticas, y que constituye el *sucès* de la temporada.

¡Buenas tardes, señores artistas de Buenos Aires!

¡A VER SI SE DAN USTEDES CUENTA!

Otro tema teatral y también extranjero: el *début* de Ruth Draper en la Princesa, con sus retratos hablados y representados.

Esta eminente artista norteamericana hace un trabajo originalísimo. Sale a escena sola, y con sus gestos, sus actitudes, su expresión y sus palabras da la sensación de que trabajan con ella otros varios cómicos. ¿Ustedes se hacen cargo? ¿No?... Verán ustedes.

Ruth Draper suelta una parrafada en inglés, alemán o ruso, y hace como que se queda escuchando la respuesta del imaginario interlocutor. Como no existe el tal personaje, el público tiene que adivinarlo por las cosas que la actriz hace y dice... Claro es que sucede generalmente que el auditorio no conoce el inglés, ni el alemán, ni el ruso. Y entonces el espectador no se entera ni de lo que pudiera decir el fantasma ni aun siquiera de lo que dice el ser real... Pero cuando uno se ha dado cuenta de que no se da cuenta, entonces es cuando se



Dib. MELENDREAS. — Madrid.

LA AMIGA. — ¡Mira que morir se Enrique!

LA VIUDA. — ¡Una pena, chica, una pena!... Ahora no puedo estrenar el traje de terciopelo de strass y de crespón color cyclamen bordado de acero...

da cuenta de todo: de que está en la higuera.

El alto concepto que nos merecen nuestros lectores nos impide hacer más aclaraciones...

OTRAS NOVEDADES

Amar hasta la muerte y *La solución Potober* son las dos últimas obras estrenadas hasta el momento de escribir las presentes líneas.

La primera es un drama y la otra una comedia. Ambas gustaron al público, por lo que felicitamos a sus respectivos autores, extranjeros, y a sus adaptadores nacionales.

En *Amar hasta la muerte* sobresalió la distinción, el buen tono y dijéramos que la belleza del primer actor Sr. Roméu. Con nosotros presenció el estreno una dama que se mostraba inquietísima ante los atractivos del citado artista. ¡Oh!... ¡Ah!... ¡Uh!... Actores de esas condiciones son un peligro para los maridos no agradecidos. ¡Uh!... ¡Oh!... ¡Ah!...

La solución Potober no pudo mejorar el catarro que padecían muchos de los espectadores que fueron a la primera representación. ¡Señores, y qué toses más indiscretas las de algunos!...

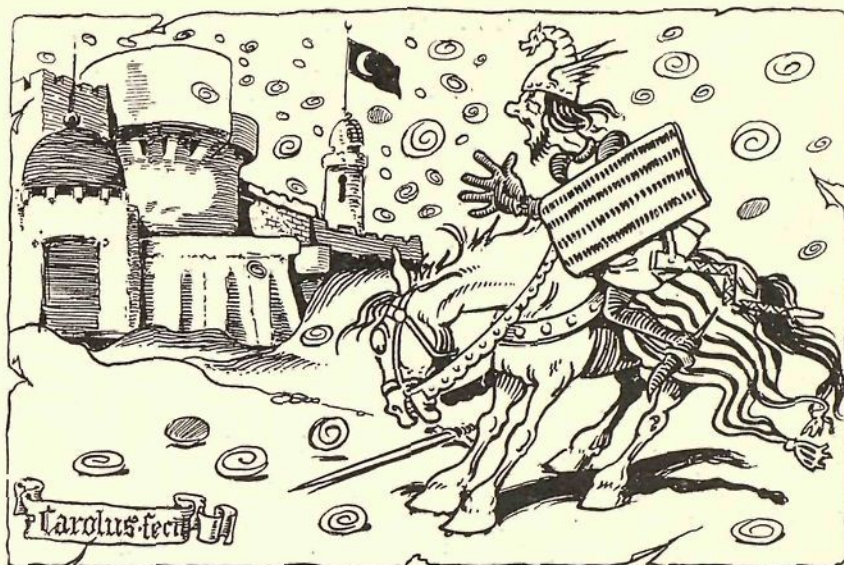
Lo mismo, lo mismo que si fuesen a rechazar la obrita...

JOSÉ L. MAYRAL.



Dib. MARTÍN. — San Sebastián.

— ¿Y por qué no te han tomado?
— Porque dice que mi tipo no sirve para modelo de La tentación.



ALELUYAS HISTÓRICAS

Dib. ORTIZ. — Madrid.

«... Y en el sitio de Mallorca D. Jaime I se acercó tanto a la ciudad, que los moros, indignados, le hostilizaron con una lluvia de proyectiles, de los cuales, afortunadamente, salió ileso: eran ensaimadas.»

TITIRIMUNDILLO

— ¿Has visto la desgracia del pobre Fulano?

— No. ¿Qué le ha pasado?

— Pues que regaló a su mujer uno de esos vestidos de moda, adornados con piel de mono, y cuando sale con ella, ve horrorizado que se le sube a los árboles y a los postes del tranvía. ¡Un horror!

«Se practicó el llamado anticipo de de la autopsia.»

¿Anticipo de eso? ¡Ah..., sí!. Como quien dice: «¿Quiere usted tomar algo a cuenta de esta vértebra?»

Unamuno ha dado una conferencia, y en ella hizo notar que Calderón había dicho que la vida es sueño.

¿Sí, eh? ¡Pues es un descubrimiento! Que le agradecerán mucho si lo lleva a la contaduría del teatro Español.

Entre nuevos ricos.

— Pago un dineral a mi cocinero, y no me sirve para nada.

— ¡Hombre!...

— Como en estos días he oído hablar del «principio de autoridad», le he dicho que me lo ponga, y se me ha reído.

«La memoria, que se va con los años.»

¡Y con los días!... Préstele usted diez duros a un amigo, y verá cómo ya al día siguiente se le ha olvidado.

Un marido está sacudiendo estacazos a su mujer, e interviene un ciudadano que quiere poner paz.

— Pero ¡so bárbaro! ¡Deje usted de pegar a esa mujer!

— Es que estamos en invierno, señor, y los pobres no tenemos otro modo de calentarnos.

«Los trajes de calle han de ser severos.»

¿Los trajes?... No; la severidad en las calles ha de ser de lo que va dentro del traje; ¿no le parece?

— Oiga, amigo, este billete es de tercera clase, y usted va viajando en primera.

— Lo hago porque me ampara el Gobierno.

— ¿Cómo?

— Acabo de leer en la Gaceta un decreto suprimiendo las clases. Por eso me he metido en la que me ha dado la gana.

— De modo que los tipógrafos suizos están en huelga. ¿Qué piden?

— No lo sé; pero no dudo de que pedirán hasta chocolate.

— Es natural. Yo siempre he oído que los suizos son para el chocolate.

— ¿Leíste el discurso de Pestaña?

— No. Pero leo los que se pronuncian en el Congreso, y te aseguro una cosa: que el leader sindicalista será Pestaña; pero que a pupila le ganan los otros.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA TABLA DE LAS COTIZACIONES

Cuando he pasado por delante de un Banco, de uno de esos Bancos que inundan nuestras calles céntricas, disputándose, a lo que parece, los capitales con el reclamo de luces y de cristales, de cuadrigas, de Mercurios, de Minervas, cariátides y águilas fénix; cuando he pasado por delante de uno de esos Bancos, digo, al mirar de reojo la tablilla de la Bolsa del día, me he quitado el sombrero con todo respeto y he seguido mi camino lleno de unción y de fe, sin intentar desgarrar el velo de su misterio y puesto el pensamiento en ella como en las cosas más excelsas y sagradas.

Alguna vez delante de esa tablilla de las cotizaciones he visto un hombre parado y me he acercado a él, porque en él he visto la luz de la sabiduría. Después de unos instantes, ese hombre ha torcido el gesto y se ha dicho por lo bajo:

— El amortizable ha bajado dos enteros.

¿Podría yo dudarlos? ¡No, no! ¡De ninguna manera! Artículo de fe eran aquellas palabras y sésamo que me abriese las puertas de la ciencia las creía, grabándolas para siempre en mi corazón.

Ya no era yo un ignorante. No podía serlo. Empezaba a tener el secreto entre

mis manos. Una tarde me abrí paso entre un corro que apuntaba con lápiz en un papel las cotizaciones del día, y cerca de ellos, cerciorándome bien de que oirían mis palabras, repetí con gran seriedad la frase mágica:

— El amortizable ha bajado dos enteros.

Me miraron todos muy fijamente, como si fuera un bicho raro, y algunos pusieron una llama de ira en sus miradas. Me separé de ellos oyéndoles decir:

— ¿Qué dice?...

— No es verdad, no es verdad...

— El amortizable sigue estacionado.

Creí firmemente que aquellos hombres pertenecían a otro rito, o quizás a una secta apostática de la Bolsa, que negase la firme base de sus doctrinas. Aquella noche pedí a Dios, al acostarme, que salvase a mi alma de aquella herejía, haciendo nuevos votos de que creía en que el amortizable había bajado quizás de los cielos, y que renunciaba Satanás a sus pompas y vanidades.

Esto era cuando yo era más pequeño. Después me fui volviendo más escéptico y volteriano, y quise por mí mismo saber la verdad. Me paré delante de un Banco y leí con atención, repitiendo en mi memoria las palabras.

«Fondos públicos. — Interior 4 por 100: Serie F, 70,35; E, 70,40; D, 70,35; C, 70,40; B, 70,50; A, 70,80; G y H, 70,80.»

Hasta aquí todo fué bien. Incomprensible; pero bien. Me encontré después que, igual que en el franqueo de las cartas, el Exterior es más caro que el Interior, y valía 86,45.

Cuando ya creí empezar a comprender, seguí leyendo:

«Tesoros a tres meses: serie B, 100,95; ídem a seis meses: serie B, 101,75; ídem a dos años: serie A, 102,50; B, 102,40.»

Sólo saqué de esto que un Tesoro dentro de tres meses es más barato que dentro de dos años, aunque no pude sacar la consecuencia.

Después, cuanto más leía, más embrolladas notaba mis ideas:

«Obligaciones. — Alicante, primera, 269,75; Barcelona, prioridad, 60,75; Nortes, primera, 61,20; ídem, quinta, 57,50; bonos Azucarera, 95,25.

»Dobles registradas. — Felgueras, 0,225; Azucareras, preferentes, 0,375; Tranvías, 0,475 y 0,50; Río de la Plata, 1.»

Ante tales incoherencias, lleno de indignación juré no intentar en la vida comprender todo aquello, tan confuso y absurdo.

¿Qué relación pueden tener unas Azucareras con un tranvía, aunque sean Azucareras preferentes?

¿Qué es eso de corro abandonado? ¿Acaso tiene verosimilitud eso de «fin próximo 232»?

Nada de aquello tenía visos de seriedad ni de cordura.

Hoy ya, acallada un poco mi indignación, hice que me explicaran qué era lo de «Marcos, 0,25», para poder comprar un billete de 500 marcos, muy bonito, verde él y con un grabado precioso, que parece de Alberto Durero.

Lo he enseñado a mis amigos. Uno de ellos me ha dicho:

— ¿Qué te ha costado?

— Una peseta veinticinco céntimos.

— Pues te han timado.

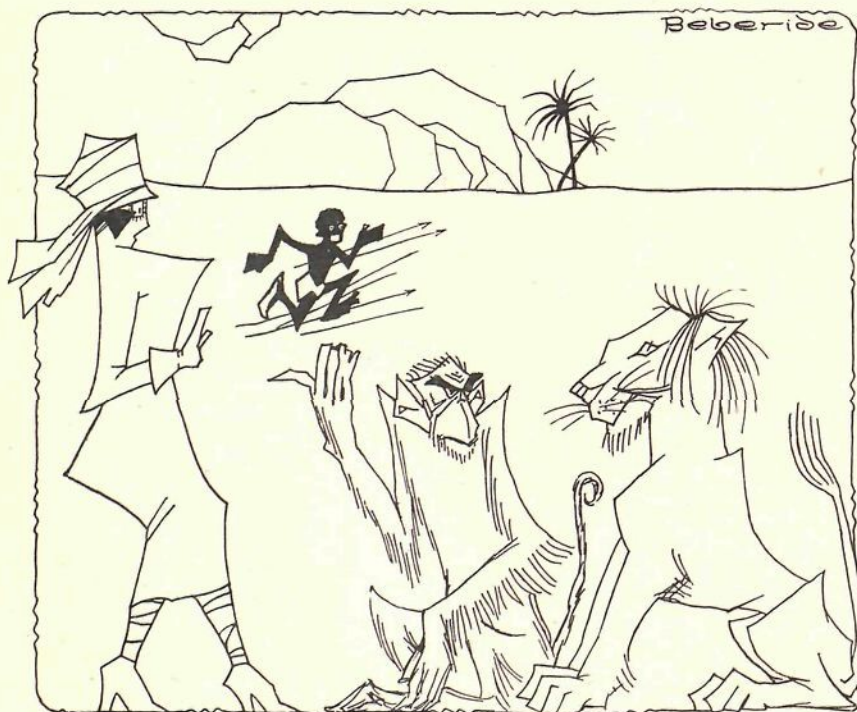
— No — dije yo, y continué con gran suficiencia —; los marcos están a cero veinticinco, ¿tú comprendes?

— Sí; pero hoy están a cero quince. Han bajado diez céntimos.

— ¡Ah!, vamos. Tú te guías por esa tablilla de las cotizaciones. Acabarás neurasténico perdido. A mí me lo ha dado un señor del Banco Alemán, que sabrá algo de eso, digo yo. No vas a querer saber tú más que él...

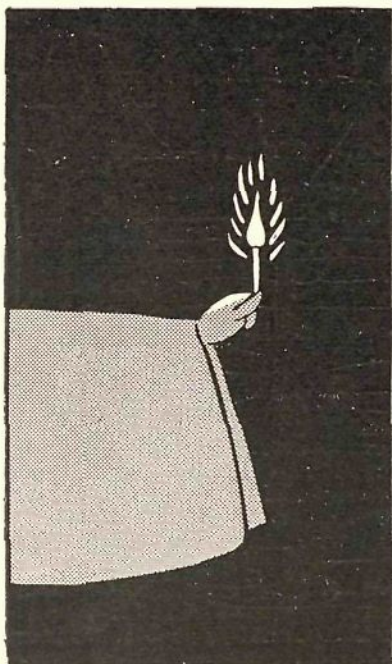
La tablilla de las cotizaciones no debe tomarse en serio nunca. Como lectura humorística, no está mal; pero, de todos modos, preferimos a Camba o a Mark Twain.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

EL GORILA. — ¿Has visto qué guapa es esta dama?
EL LEÓN. — ¡Ya lo creo!... ¡Está para comérsela!...



Abrió la puerta. Ellos no habían llegado todavía. Resueltamente, entró en la habitación, cerró la puerta, y, orientada por la débil claridad que penetraba por el montante, se escondió debajo del velador cubierto por un tapete..., y esperó..., corriendo cuanto pudo el velador junto a la puerta.

— ¡Ya os daré espiritismo!... — decía la joven para su tapete.

La puerta se abrió. Kakumen contuvo hasta la respiración. Los maquinadores del siniestro plan contra Ludovico entraron sonrientes en su dormitorio. Empezaron a desnudarse. La joven seguía quieta; precisamente, para su plan convenía que aquellos hombres quedasen en tal disposición, que no pudieran salir prestamente de la habitación.

Estaban ya en calzoncillos. La joven sudaba por su colocación material, por su posición moral y por el tapete, que impedía la circulación del aire. Creyó conveniente resolver la situación sin pasar de los calzoncillos.

El velador marcó un paso de tango y dos de fox-trot. Los dos hombres se miraron y sonrieron.

— ¿Quién nos visitará hoy? — dijo uno de ellos.

— ¡Lincoln! — repuso una voz gangosa, pero grave y solemne, que partía de debajo de la mesa.

— ¿Lincoln?... — dijo con extrañeza el que había hablado primero —. ¿Algún artista de cine, tal vez?... — agregó el mismo.

— ¡Bárbaro!... ¡Mal americano!... — contestó indignada la voz de ultratumba y ultra... velador —. ¡Lincoln, el gran Presidente, el que combatió denodadamente la esclavitud! ¡El libertador!... ¡Con ese carácter vengo ahora! — agregó después de una pausa.

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

Los dos hombres se habían quedado hechos dos estalactitas.

La voz misteriosa continuó:

— Sí; vengo porque vosotros, estúpidos policías, queréis esclavizar a un hombre sin culpa y causar la muerte, por pasión de ánimo, de su adolescente compañera. ¡Ja..., ja!... (Y repitió siete veces una carajada escalofriante y horripiladora.) ¡Conque ya contabais tener en vuestras manos al famoso ladrón!... ¡Inocentes!... Mientras vosotros os tiráis aquí una plancha definitiva, Bechamel, el auténtico, está haciendo encaje de bolillos y pajaritas de las nieves en la frígida Alaska. ¡Id a Ala... ska por él! Pero antes os diré que habéis incurrido en el enojo de los espíritus, y que éstos preparan una manifestación de protesta contra vosotros. ¡Ay de los que ofenden a mis compañeros del mundo de las sombras!... ¡Temblad!...

Los dos hombres estaban temblando desde un rato antes.

— ¿Queréis nuestro perdón? — agregó la voz de las tinieblas.

— ¡Sí! — respondieron casi sollozando los dos hombres.

— Bien; ¡de rodillas y la frente en el suelo, hasta que el trueno os purifique!...

Cuando aquéllos estuvieron en la forma ordenada, Kakumen encendió y apagó rápidamente un fósforo, dejando que el humo saliera poco a poco por una abertura del tapete; se deslizó después desde la mesa hasta la salida, apagó la luz, cerró sigilosamente la puerta, y, una vez cerrada, descargó sobre ella un tremendo, un espantoso puntapié, que conmovió las paredes de la habitación y parte del edificio.

Cuando la joven fué por el té lo encontró frío, y cuando regresó a su alcoba halló a Ludovico más frío todavía y dormido. Pero ¡qué podía importarla, si acababa de salvar a su amado, dándole la libertad después de haberle dado la vida!

Se acercó muy despacio a la cama. Ludovico sonreía. Algún sueño muy dulce ponía en su imaginación unos gramos de optimismo. Tal vez pensaba en ella. Vió que movía los labios, y se acercó más. Pero ¿había oído bien? No, sin duda. Se aproximó de nuevo y se convenció de la trágica, de la horrenda realidad. Ludovico decía: «¡Fanny, mi Fanny adorada!...»

¡Oh mujercita adorable, bella flor de las praderas del Far-West, y cuánto debiste de sufrir al recibir como premio a tu doble heroísmo la negra revelación de tu infortunio! ¡Tú, una rival! ¡Ah! ¡Kakumen, tus sufrimientos deben de ser agudos como las

cumbres de las montañas Roqueñas, extensos como las praderas donde pasta el bisonte y vuelan las mariposas, sin límite como la avaricia de un acaparador!

La joven se oprimió el pecho, se palpó la frente, se mordió el dedo índice, doblado en ángulo, y cayó sobre el pavimento, metiendo la cabeza en el cubo del lavabo...

✻ ✻ ✻

Al día siguiente dos viajeros con su equipaje salían del hotel. A cierta distancia, uno de ellos se volvió para mirar el edificio.

— Yo creía que se hubiera hundido algo — dijo.

— Verdaderamente — agregó el otro —, el trueno fué espantoso. Y ¿no notaste cierto olor a fósforo?...

— Sí — afirmó el primero —; debió de ser el azufre (!) que acompaña a algunas apariciones...

— ¡Eso para que no crean en los espíritus!...

Y los dos, profundamente preocupados, siguieron su camino.

✻ ✻ ✻

Entretanto, una escena bien diferente tenía lugar en una de las habitaciones del hotel.

Kakumen conversaba con Ludovico de su descubrimiento de la noche última, es decir, de la existencia en el hotel de los dos policías, de las sospechas de éstos hacia él, y, en consecuencia de ello, y aunque en opinión de la joven nada hubiese que temer de momento — ocultaba modesta y generosamente la escena del velador —, creía más seguro abandonar la fonda y trasladarse lejos de aquellos lugares.

Ludovico escuchó, con sorpresa primero, con dolor después, cuando comprobó que seguían considerándole autor del robo, y se afirmó más en su idea de abandonar América. Empezó a enterar a la joven de su decisión con grandes circunloquios, para terminar expresando su sentimiento por la inevitable separación.

— ¡Cómo! — dijo la joven palideciendo —. ¿Serás capaz de abandonarme?

— No es abandono. ¿Comprendes?... Yo... estoy acostumbrado a viajar sin pasaje... ¿Qué haría contigo? Tal vez dentro de algún tiempo... podamos reunirnos...

— ¡Nunca! — replicó ella con energía —. Te seguiré, vayas donde vayas. ¡Sebastopol o el Transvaal, el Pacífico o una pece-



ra, Leganés o Cincinnati, son para mí el paraíso si estamos reunidos!

— ¡Bueno! — dijo él con una sombría sonrisa, y le estrechó la mano.

Kakumen sonrió tristemente también y aparentó quedar resignada.

¡Cuán triste pensamiento ponía en ebullición su corazón y su cerebro! ¡Estaba convencida de que el microbio de la ingratitud, de la deslealtad, pululaba en los recónditos pliegues del corazón de Ludovico!

✱ ✱ ✱

En el puerto de Baltimore. Kakumen y Ludovico paseaban por el muelle entre los cargamentos que esperan embarque y la multitud de cargadores, pasajeros y curiosos que transitaban por todas partes.

El joven miraba con insistencia un barco, *El Clyptodón*, a punto de levar anclas.

Sólo faltaba embarcar los últimos fardos, lo que estaban haciendo precipitadamente. Ludovico tuvo una idea. Rogó a Kakumen le esperase un momento a la vuelta de un pabellón de la Aduana. Volvería en seguida. Su alejamiento era cosa de algunos minutos. Ella, convencida, se dispuso a esperar. El joven se dirigió al último cargamento que iba a ser transportado al buque. Lo formaba una serie de cueros arrollados y unidos todos por medio de una cuerda.

¡Se metió en medio, a tiempo que un empleado, distraído, mecánicamente, sellaba y colocaba etiquetas en aquella última remesa. El sello le alcanzó en una oreja, y la etiqueta colgaba de un ojal de la chaqueta. Estas mercancías fueron colocadas provisionalmente en la carbonera

Empezó a funcionar la hélice. El buque se hallaba ya a seis u ocho metros del muelle, cuando un grito desgarrador atrajo la atención de pasajeros, cargadores, curiosos, etc., que miraron en aquella dirección.

Una mujer, Kakumen, fototipia del dolor, de la desolación, tendía sus brazos en actitud suplicante al buque, que, indiferente, seguía su marcha, dejando tras sí aquella estela que semejava espuma de jabón de afeitar...

¡Espectáculo conmovedor, que hizo derramar lágrimas a los viejos lobos de mar!

La mujer quiso lanzarse al mar, tal vez para esconder en el líquido abismo su infortunio, o para que el agua lavase sus negros presentimientos..., o para alcanzar el buque donde el infame Ludovico escapaba...

Un hombre, saliendo del grupo que contemplaba la escena, la contuvo y quedó a su lado prodigándole consuelos.

Y Ludovico, casi indiferente, o tal vez un poco celoso, joh desconcertantes psico-

logías!, contemplaba la triste escena desde la carbonera del buque, y se ofrecía como la imagen de la más negra ingratitud...

EPÍLOGO

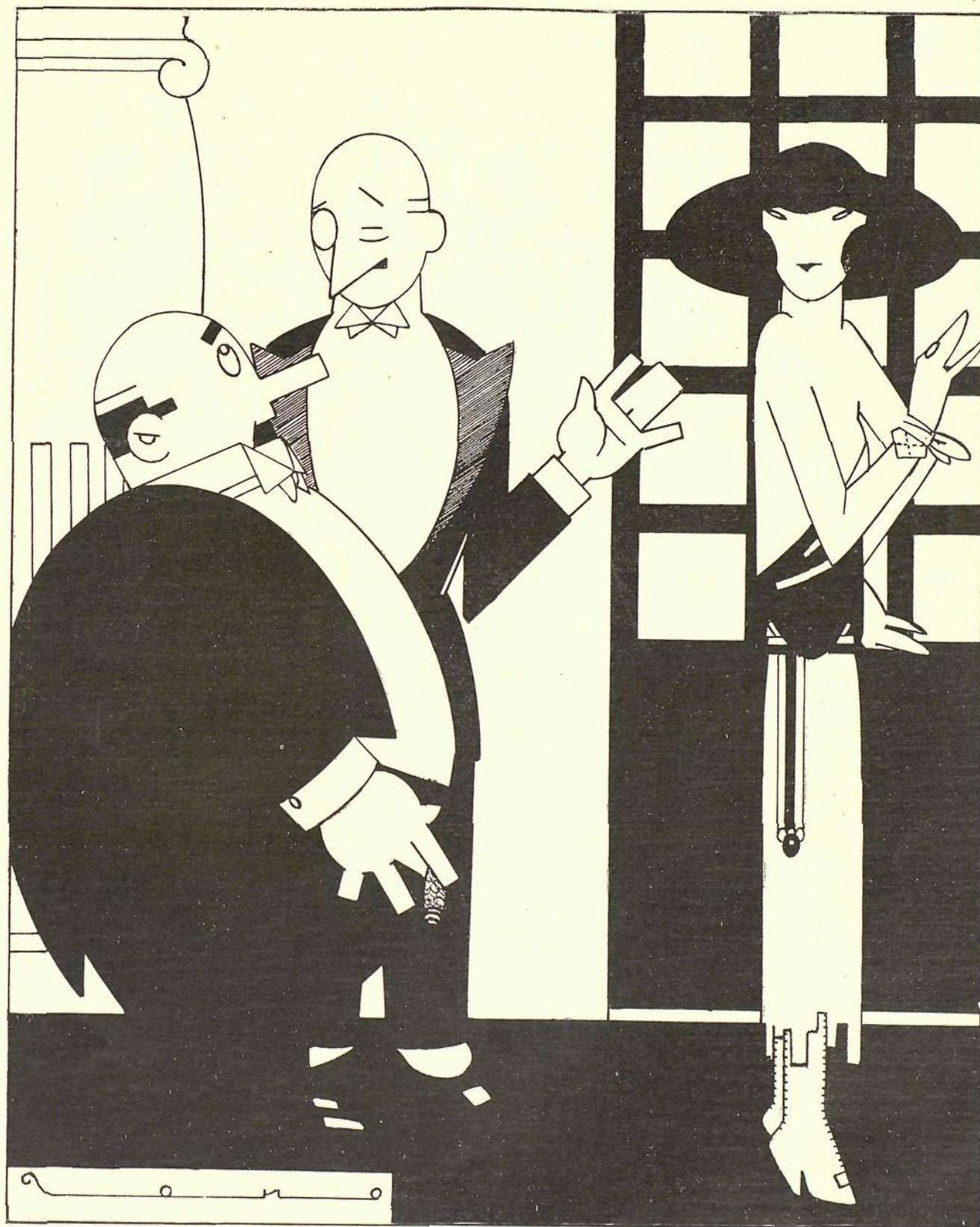
Las autoridades navales de Vigo, los oficiales de la Aduana, los gerentes de la casa consignataria Hom, Pom, Thom & Som, estuvieron durante algunos días muy preocupados por la resolución de un extraño asunto. *El Clyptodón*, llegado de Baltimore, trajo entre el cargamento un joven completo, bien parecido, y con el sello de «facturado» y la etiqueta de la casa importadora de cueros.

Reunidos en consejo el comandante de Marina, los gerentes de la casa Hom, etc. y el administrador de la Aduana, se pusieron a discusión los tres puntos siguientes:

- 1.º Clasificación del envío.
- 2.º Forma de desembarco y destino.
- 3.º Partida aplicable del Arancel.

Respecto al primer extremo, el comandante lo clasificó en la categoría de «Varios» (aunque se trataba de uno solo); los gerentes, en la clase «Carnes en pie», y el administrador de la Aduana lo conceptuó como un perfecto sinvergüenza.

(Concluirá.)



— Ahí tienes a Lili, que cuando vino del pueblo no tenía ni traje que ponerse.
— ¡Pues debe de llevar aquí muy poco tiempo!...

Dib. TONO. — Madrid.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

SULLIVANT

Supongamos que en el recinto austero de una capilla protestante, cuando el pastor leyera, sobre las cabezas inclinadas de los fieles, con su voz gangosa,

Juega con los episodios bíblicos como un malabarista con las bolas fulgentes, las antorchas encendidas y los cuchillos agudos; penetra a los templos arcaicos para sacar la lengua y hacer morisquetas a los dioses de las pretéritas teogo-

europaea. No tiene miedo a nada: ni a los fantasmas, ni a los archivos, ni a los museos, ni a los parques zoológicos.

Porque también se atreve con la fauna. Animales de todas las épocas surgen de su pluma zumbona. Los monstruos prehistóricos, las fieras y las bestias pacíficas salvadas en el arca, los humildes compañeros domésticos del hombre, y las que se apollan y cortezan detrás de los barrotes férreos de las *ménageries* o se pasean desdeñosas por los jardines de aclimatación.

En este conjunto de temas diversos Sullivant encuentra una riqueza inagotable de sátiras sociales o de simples caricaturas deformativas, con el fleco gracioso de un epígrafe oportuno.

Todas las semanas las revistas yanquis, los semanarios ingleses, recogen, entre las alusiones humorísticas a los aspectos coetáneos de la vida, las miradas retrospectivas de Sullivant hacia los tiempos remotos.



Sullivant, en el humorismo contemporáneo, es un caricaturista deformativo. Su estilo, algo tosco, orientado hacia la exageración de los rasgos característicos, carece de elegancia y de espiritualidad.

Si los epígrafes no vinieran a darles su distinción ingeniosa, su buen gusto de refinada y picaresca intención, Sullivant no pasaría de ser un dibujante mediocre, detenido en límites y normas envejecidos.

Le falta el concepto y la factura simplificadoros, estilizantes, de los modernos humoristas.



MATUSALÉN. — ¡Con qué rapidez cambia el aspecto de los sitios!... La última vez que yo pasé por aquí, hace ciento ocho años, no existía más que una casa.

las palabras del Libro Inmortal, alguien entonara una cancioncilla de café *concert*, donde se barajaran nombres de profetas y de reyes y se parodiasen jocosamente los salmos y los proverbios que confortan la fe anglicana.

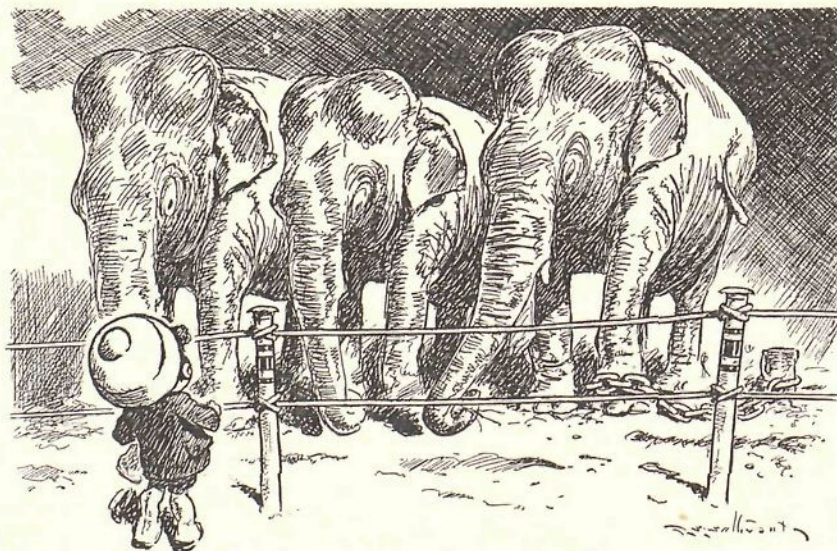
Supongamos que durante la visita de una comisión científica — desglosada de esos Congresos que desempolvan las viejas levitas y airean las doctorales barbas de los sabios de todo el mundo — a un museo paleontológico, se encontrarán a los enormes esqueletos, a las osamentas seculares, vestidos de máscaras, y entre los fósiles, *marrons glacés* y pelotas de *golf* etiquetados en latín.

Imaginemos que el encuadernador de una obra de investigación histórica, o de una de aquellas novelas arqueológico-sentimentales que tan de moda estuvieron hace quince o veinte años, se equivocara e intercalase entre las páginas eruditas o evocadoras otras pertenecientes a un libro de chistes o a una colección de cuentos más o menos eutrapélicos.

Imaginemos que en un taller de reproducciones clásicas se introdujese un expresionista irrespetuoso con los cánones romano y griego.

Todas estas suposiciones y divertidas sorpresas sugiere el caricaturista Sullivant.

nías; vuelve del revés las leyendas románticas y las tradiciones caballerescas, para descubrir efectos de insospechada comicidad; mezcla hallazgos y costumbres de hoy a seres y episodios antiguos; supone en el cerebro de un hombre de las cavernas prejuicios y manías de un supercivilizado de la postguerra



EL NIÑO. — Yo les echaría un par de nueces; pero ¿y si riñen por ellas?

No profundiza tampoco en la sensibilidad ajena.

Se conforma con las sonrisas superficiales, o excita la carcajada inconsciente.

No hago constar el temperamento y la significación caricaturales de Sullivan como un reproche. Fijo su situación nada más; procuro buscar el apoyo de los valores oscuros para que tengan su luminosidad elocuente al contraste de los valores claros.



Su campo de acción predilecto es la Biblia. Ciertamente que retrocede muchas veces hasta el propio Paraíso terrenal — como en el dibujo donde Adán y Eva se lamentan de no poder recordar de memoria los nombres de todos los animales, y echan de menos un diccionario o la guía de teléfonos para llamarlos sin equivocarse —; cierto también que afronta al megaterio, al iguanodonte y al mastodonte, y tutea con líneas caricaturescas a nuestro abuelo del tiempo pleistoceno; pero Sullivan gusta sobre todo de buscar asuntos para sus caricaturas en los saudosos versículos de la Biblia.

Y ya dentro de ella, se obstina con determinados personajes: Salomón, Noé, Matusalén, Moisés.

Los conflictos familiares de Salomón, aguerrido esposo de tantas mujeres; los incidentes de los cuarenta días de navegación del arca; la dilatada existencia del patriarca hebreo. Y además las profecías de Isaías, de Jeremías, o la paciencia y miseria de Job, adquieren, al ser reproducidas por la pluma de Sullivan, un relieve cómico extraordinario. Comicidad sanamente, francamente regocijada, porque Sullivan jamás estela amargura.

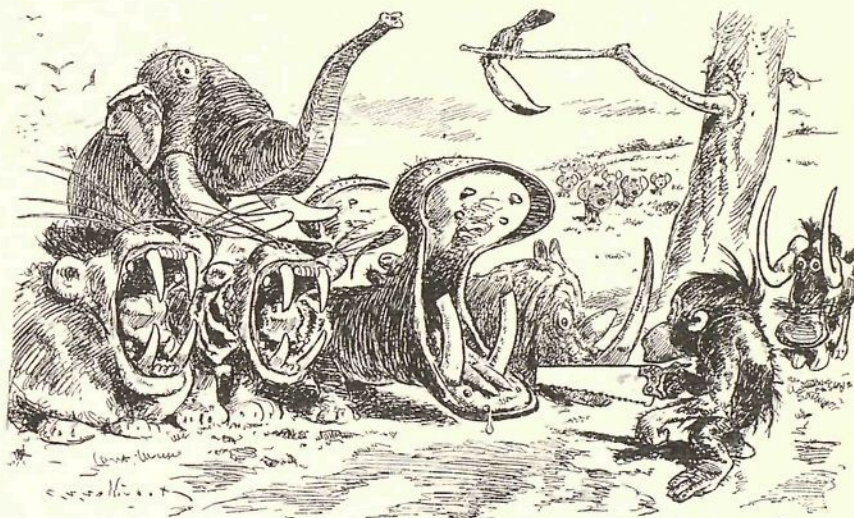
Es de un optimismo generoso y plá-

cido, que no pretende dejar en las almas huellas de inquietud y melancolía.



Otro de sus aspectos es el de caricaturista faunal. No es un animalista psicológicogrotesco a la manera, por ejemplo, de Benjamín Rabier. Sin propósitos transcendentales, sin otra intención que la de hacer reír, las escenas

género pone al alcance de los niños. Y cuando los hace intervenir en aventuras trágicas, en los momentos de *re verso histórico* (¡oh aquel inolvidable San Jorge, huyendo espantado a uña de caballo, en la *Verdadera leyenda de San Jorge!*), en las horas sin reloj de la edad de piedra, estos animales no inspiran terror más que al protagonista humano de la caricatura donde aparecen. El lector de la revista los mira son-



LA PAZ EN LA SELVA

El momento del desarme universal.

zoológicas de Sullivan recuerdan antes muñecos de bazar que fieras de la selva. Sus elefantes, osos, leones, tigres, bisontes e hipopótamos, como los pacíficos asnos, caballos y perros, diríase que están copiados de las siluetas en madera, en juguetes de felpa, celuloide o cartón que la moderna industria del

riendo... Por último, Sullivan no olvida a su época.

También de cuando en cuando dibuja escenas contemporáneas. Damas y caballeros que pueden verse por las calles y dentro de los edificios londinenses y neoyorquinos.

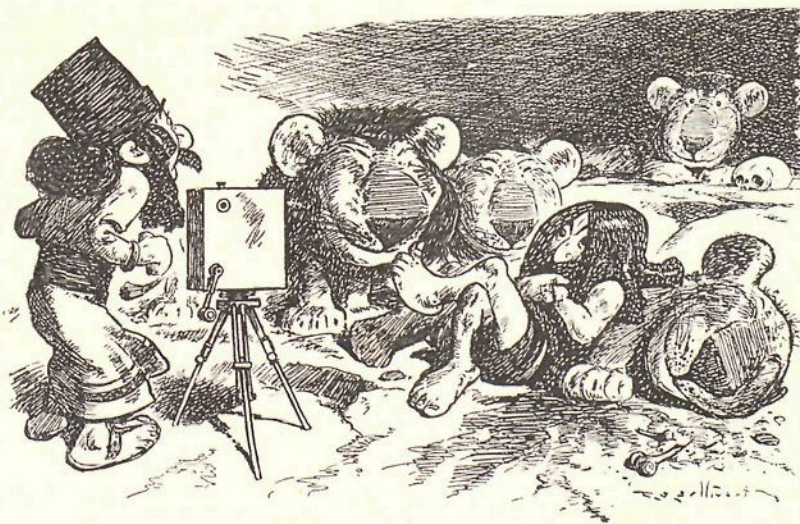
Que pueden verse...; pero que no se ven. Porque ¿de dónde saca Sullivan las levitas, las chisteras, las corbatas, los coches, los sombreros y vestidos femeninos de estos tipos contemporáneos? Sullivan sufre al mirar las gentes coetáneas una extraña aberración. Acostumbrado a imaginarse cómo eran los hombres primitivos y las mujeres bíblicas, no ve exactamente las siluetas que se cruzan con él en la vida.

Y las ve como a los juguetes zoológicos y como a los hijos de Israel.

Ciertamente, no le llamarían para ilustrar sus *magazines* los directores de *Vogue* ni de *Monsieur*.

Y ciertamente, si fueran elegantes y espirituales los señores bigotudos, embotinados y enchisterados, o las damas encorsetadas, a la manera de 1900, y con sombreretes de pensionista a quien le acaba de tocar la lotería, no tendrían ya esa gracia bonachona, intranscendente, esa dulce alegría burguesa, que es el encanto peculiar de Sullivan.

JOSÉ FRANCÉS.



EL OPERADOR BABILÓNICO (a Daniel, en medio de los leones). — Bueno; si no hace usted más que eso, vamos a romper el contrato.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS REGALOS DE JEAN=JEAN, por Henri Falk. ==

— ¿Qué le regalaríamos a Jeanjean como aguinaldo? — se preguntaron los esposos Bramard al acercarse el año nuevo.

— Mira — dijo la madre —, ya tiene seis años. Yo creo que es ocasión de

comenzar a cultivar sus gustos para las artes y las ciencias.

— Por lo mismo que sólo tiene seis años — dijo el padre —, creo que lo esencial es regalarle algo que le guste, sin meterse en más historias.

El señor Bramard, rico pañero, se encontraba en este punto, como sobre otros muchos, en discrepancia con su mujer, que, como buena burguesa, por haber estudiado canto y piano, se encon-

traba con una cultura artística superior con mucho a la de su marido, únicamente comerciante. Este sostenía:

— Jeanjean no es, a mi juicio, de una inteligencia precoz extraordinaria. Está fuerte y sano, y es, naturalmente, juguetón. No se divertirá con juegos complicados y serios. Yo creo que debemos preguntarle lo que desea. Es lo más sencillo.

— ¿Cómo va a saber él lo que quiere? — dijo la madre —. No tiene la menor idea de estas cosas. Nuestro deber de padres es escoger por él juiciosamente. Yo estimo conveniente despertar en él el oído musical.

— ¿El oído musical?... ¿Jeanjean? Permite que me ría.

— Sí; el oído musical. Creo que debes comprarle un fonógrafo.

— ¡Muy bien!... Ya te comprendo. Tú tienes ganas de un fonógrafo, y quieres que yo se lo compre al niño. Jeanjean no hace caso de músicas.

— Porque no conoce nada. Yo he encontrado en él una sensibilidad especial para la música. Cuando yo toco el piano, se calla.

— Y se duerme...

— ¡No!... Te equivocas. Eres un majadero. Jeanjean escucha religiosamente.

— Hasta que se pone a llorar...

— ¡Llora de emoción!

— Bueno. Vamos a ver. Ven acá, Jeanjean, respóndeme: ¿quieres como aguinaldo un fonógrafo?

— ¿Qué es un fonógrafo, papá?

La señora Bramard, encolerizada, interrumpió este interrogatorio gritando:

— ¡Claro! Le dices cosas que no entiende...

Se dirigió ella al chico:

— Escucha, precioso — dijo sentándole en sus rodillas —, ¿quieres que te regalemos como aguinaldo un aparato que toque música?

— ¿Música?... ¡Sí, mamá!

— ¿Ves tú? — gritó triunfalmente —. Quiere un fonógrafo. Lo tendrás, amor mío, con las piezas más hermosas, escogidas por tu mamá: el gran dúo de *Sansón y Dalila*, la cabalgata de *La Walkyria*, el final de *Sigfredo*...

— Pero, mujer, ponle al menos el *Mon homme* — suspiró el padre; y dirigiéndose al niño añadió —: ¿Y qué te gustaría además? ¿Qué te gustaría a ti, sin que mamá ni yo digamos nada?

— ¿Yo?... ¿Yo solo?... Yo quiero pececitos rojos... ¿sabes?... Pececitos rojos, con agua alrededor...

El padre gritó triunfalmente:

— ¿Eh?... Aquí tienes su opinión sobre el regalo. Tendrás pececitos rojos, Jeanjean. Te los regalo yo.

— ¡Gracias, papá! ¡Qué bien!

El chico abrazó a su padre y se puso a bailar de alegría.

— Ya ves — dijo Bramard a su mujer — que prefiere los peces al fonógrafo



DESAYUNO ECONÓMICO

— Gracias a estas plumas, me toman por uno de los suyos, y tengo siempre huevos frescos a mi disposición.

(De ROBINSON, en *The Sketch*.)



Dib. CARLOS.

EL ACTOR. — Yo actúo en su coliseo con la condición de que siempre que haya que robar..., comer..., o algo análogo, se haga realmente, para darle más vida a la escena.

EL EMPRESARIO. — Conforme... Entonces, en La muerte civil, ¿se compromete usted a envenenarse?

— Cuando tenga el fonógrafo, lo preferiré a los peces — replicó la esposa.

La discusión siguió y el marido acabó por ceder, como de costumbre. Jeanjean recibió como aginaldo un fonógrafo y una pecera.

Aunque no era de una inteligencia extraordinaria, Jeanjean era observador y sensible, como todos los niños; había comprendido que cada regalo tenía la preferencia de cada uno de sus papás. Cuando estaba con su madre, oía con paciencia y sin placer ninguno el fonógrafo. Cuando estaba con su padre, se ponía a jugar con los peces, simulando una pesca con redes en un barreño lleno de agua. Cuando sus padres estaban juntos, Jeanjean estaba preocupado: hubiera querido escuchar el fonógrafo y pescar con red; pero su madre le reprendía:

— Deja los peces, queridito. Ven al salón a oír la música.

— ¿Qué le importa la música? — decía el padre —. Quédate en tu cuarto, Jeanjean, y coge aquel pez gordo, hijo mío.

Después de muchas reflexiones, Jeanjean preguntó un día:

— Si los peces pudieran estar al aire... ¿también les gustaría la música?

— La música — le respondió su madre — no está hecha para los peces, no la pueden oír metidos en la pecera.

— ¡Ah! — dijo Jeanjean, y de nuevo se puso a reflexionar.

— ¡Cielos! ¡Dios santo! ¡Es horrible! La señora Bramard exhalaba gritos de terror profundo.

Su marido acudió hacia donde ella gritaba, petrificada junto a la puerta.

No pudo contener una carcajada.

— ¿Eres tú el que ha hecho esto, Jeanjean?

— Sí, papá.

— ¿Y para qué has hecho esto, desgraciado?

— Para jugar a todo junto. Por dar gusto al mismo tiempo a ti, a mamá y a los peces. ¿Por qué no le das cuerda al fonógrafo?

Jeanjean, en su deseo de contentar, tanto a sus padres como a sus peces privados de música, había metido el fonógrafo en el barreño lleno de agua y había echado en la bocina del aparato todos sus pececitos rojos.

A. R. H.

¡NO ESTABA LOCO!

Que escandalizase a grito pelado en la calle más céntrica de la población, podía soportarse; pero que ofreciese salud, alegría y bienestar en lotes de cinco reales, era totalmente inadmisibile.

¡Al manicomio con el demente! ¡La camisa de fuerza y la fuerza de los loqueiros para el perturbado!

Pero no, ¡alto el fuego!, que ese hombre da en verdad salud, alegría y bienestar por veinticinco humildes perrillas falderas, porque vende pasta dentífrica Sanolan, y un tubo corriente de este maravilloso preparado, aunque vale mucho más, no cuesta en ninguna perfumería española más que una modesta peseta y veinticinco pobres centimillos.

Cómprelo usted y pruebe en su dentadura ¡que no estaba loco!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Iniesta. — Eso de *Las chicas de los anteojos* lo ha publicado ya *Flirt*, por casualidad, firmado por D. Juan Pérez Zúñiga, y en prosa. Usted se limita a ponerlo en malos versos y a poner como subtítulo, por lo que pudiera suceder, *Versificado*. En mi tierra, además de versificar, se le llama fusilar a eso.

G. C. M. Albacete. — Es de una grosería y de un mal gusto que indigna. Debe usted dedicarse a otra ocupación más sencilla que la de escribir.

E. M. Y. San Sebastián. — G. R. San Sebastián. — No sirven.

Pachín. Barcelona. — Bonastre. Palma de Mallorca. — Espoy. Barcelona. — Aceptados.

J. M. O. Huelva. — Demuestra condiciones; pero trabaje más.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

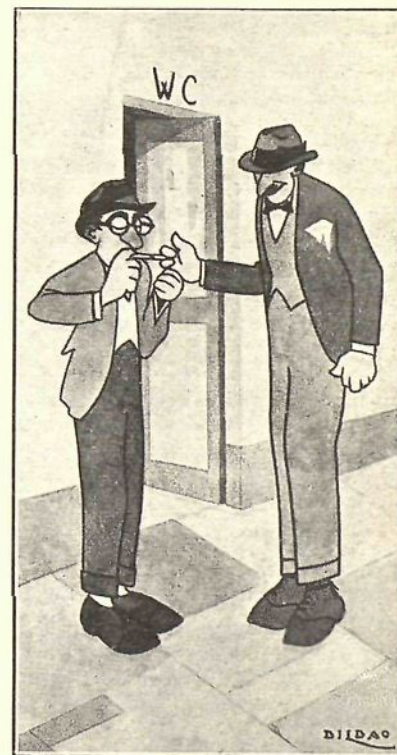
Apartado 12.142

MADRID

J. L. Arévalo. — No está mal. Puede usted llegar a hacer cosas que estén muy bien. Insista usted.

E. E. Barcelona. — J. de S. Madrid. — Pepe Longitudes. Madrid. — M. B. Madrid. — No sirven.

M. M. M. — En sus *Ensayos humorísticos* hay aciertos muy laudables. Siga trabajando, y envíenos algo cuando se madure un poco. Está usted muy bien orientado, y eso es hoy una cualidad muy escasa.



ENTRE MÉDICOS

Dib. BILBAO. — Madrid.

— Ya sé que te has hecho especialista.

— Sí; del pecho.

— Pues yo, chico, me voy a hacer del vientre.

Eva Nista. Burgos. — ¡Hombre, no diga usted tonterías! Del que está bien se publican dos cosas y tres, y todas las que mande, si lo valen. Sus *Divagaciones sobre la silla* están en turno de publicación. En cambio, esto de ahora, *Guayabos*, vale bien poco...

Uno de tontos. San Sebastián. — Tampoco sabe usted lo que es el ultraísmo, ni el modernismo, ni la gracia, ni la originalidad, ni nada. Su poesía *El caos* es... ¡el caos de la tontería!

J. B. Melilla. — No sirve.

Pedro Mora. — No es costumbre nuestra contestar a los chistes que nos envían; pero ante un caso de desfachatez como el de usted, no nos podemos contener. De cuando estaba Borrás en Lara, y a un tiempo la Imperio de *fin de fiesta*, copia usted el pie de una caricatura de Tovar en el *Blanco y Negro*, que decía:

«LOS AUTORES. — Aquí llevo a Lara un drama gitano para la Pastora y un garrotín dramático para Borrás.»

Al lado de esa, venía otra de un médico reconociendo a un enfermo, y decía:

«EL DOCTOR. — ¡Malo, malo, malo! Señora, lo de su marido es fiebre belmontista.»

Y usted es tan cándido que nos lo estampó en su pliego de chistes. También copia usted la frase de La Rochefoucauld: «Hay buenos matrimonios; pero no los hay deliciosos», y otras cogidas directamente de un almanaque. Después chistes de caricaturas de la guerra y de casi todos los dibujantes nacionales y extranjeros. En fin, una desdicha de criatura.

E. V. Alicante. — No sirve.

J. M. — Se publicará.

Julianchu. Zaragoza. — A ratos parece que usted no vale nada; a ratos dice cosas muy graciosas. En la duda, nos abstendremos. Envíenos algo para formar un juicio definitivo.

V. M. — Nos pide usted nuestra opinión, y no se la damos, porque nos duele tenerle que decir que no sirve usted para estas cosas.

Elza. Madrid. — Nosotros no tenemos el menor inconveniente en publicarle; pero no mientras nos envíe esas *sentimentalices*.

C. L. — Aquí *tampoco* sirve.

JOVEN

Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano*, *El sacrificio*, *La falda corta*, *La Ciríaca*, *La suerte de Margot*, *Mi rayito de sol*, *Así la vi pasar*, *El castillo de Quirós*, *Canto arriero*, *Mi hombre*, *Amor japonés*, *Versallesca* y *Soldado español*.

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

Teodosio. Valladolid. — Ambas cosas, la parodia de los versos del *Tenorio* y los títulos de las obras teatrales, están hechas desde los godos. El Sr. López Rubio nos encarga le digamos que agradece sus elogios.

Hado-kin. Madrid. — ¡Qué viejo!

E. Noñir. — ¿De modo que, en lugar de agradecer el instructivo paseo zoológico

.....

— ¿Cómo te retiras tan tarde, con el catarrazo que usufructúas?

— No te preocupes, mujer, que ya no toso. ¡He comprado jarabe Orive!

.....

con que le obsequiamos, se siente usted picado por el *ato* y nos quiere soltar la *baba*? ¿Y por qué no ha de ir usted al Instituto Antirrábico? Por última vez, ¿eh?

A. M. Madrid. — *Almela. Madrid.* — *Abella. Madrid.* — *Aristodemo. Paris.* —

El C. de B. — *Carmin.* — *Yo y él.* — *Atos. J. M. Bilbao.* — *P. P. León.* — *R. U. R. Madrid.* — *Toto. Avila.* — *M. R. P. Madrid.* — *Goñi.* — *El Vitoriano.* — *M. E. San Sebastián.* — *E. M. Madrid.* — No sirven.

Odnapsilos. — El chiste, además de ser viejísimo, tiene muy poca gracia. El dibujo está muy bien..., muy bien calcado de uno de Huertas. ¡Hombre!...

L. C. Las Arriendas (Oviedo). — No crea usted, lo de la *Lección de cortesía* tiene cierta gracia; pero ¡escriba usted tan rematadamente mal!... Cómprese una falda, haga los renglones derechos, y perfeccione la gramática y el estilo.

E. C. G. Zaragoza. — Vale muy poco. ¡Y hay un *bocifera* que tira de espaldas!

M. L. «Aguileño». Cartagena. — Si es broma, puede pasar... ¿Usted es de los del presidio?

Un Curioso Impertinente. — Más de lo segundo que de lo primero.

E. C. — Afortunadamente para todos, ya hemos pasado de la época de las comedias en verso de Miguel Echegaray. Si usted sigue en ellas, peor para usted.

Ce-eme-ese. Madrid. — Como dibujante no nos convence usted. ¿Por qué no aprovecha los chistes para nuestro concurso permanente?

Tente. — No están mal; pero son muy sosos.

Samot. — Idem id. Los dibujos se somborean de muchas maneras: con lápiz, con aguada, con aerograf, etc.

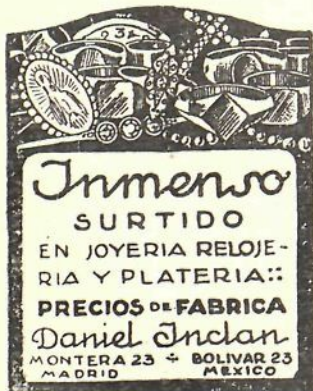
El cabo Ramón Carreño y los soldados Simón Leal, Miguel Vinaza y Antonio Gómez Laó, del Parque de Automóviles de Ingenieros de Tetuán, solicitan, de entre las bellísimas lectoras de BUEN HUMOR, sendas madrinas de guerra que los escriban y los envíen tabaco y chucherías.

NOTA. — Las susodichas bellísimas lectoras, al hacer sus envíos, procuren acordarse de nosotros, y mandarnos aunque sólo sea un par de cajetillas.

Desheredado. Barcelona. — Sí, señor, tiene usted condiciones de dibujante; pero notamos en usted una gran desorientación. Insista.

E. F. Madrid. — Aquí se publica todo lo que es publicable.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|----------------|----------------|
| Trimestre..... | 12,40 pesetas. |
| Semestre..... | 16,50 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

| | |
|--------------------|--------------|
| Semestre..... | \$ 6,50 |
| Año..... | \$ 12,— |
| Número suelto..... | 25 centavos. |

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. CASERO.—Madrid.

—Ya lo sabes: si lo quieres lo tomas y si no lo dejas, que a mí lo que me sobran son botones...

Ayuntamiento de Madrid